

El sentido integral de la explicación histórica en la obra de José C. Valadés

Por Gloria VILLEGA MORENO*

Presentación

PRIMERO DE MANERA INTUITIVA, después plenamente convencido de que la “conexividad”¹ inherente a los acontecimientos, que constituyen el devenir de las sociedades, es un elemento ineludible para explicarlas, José Cayetano Valadés (1901-1976) incursionó en la reconstrucción del pasado, siempre atento a que no se desdibujara su sentido integral en la narración histórica.

En la producción de Valadés, compuesta por un importante número de obras sobre épocas históricas, temas y personajes diversos, quedaron contenidos tanto el resultado de las investigaciones que llevó a cabo a partir de fuentes documentales —muchas de ellas “descubiertas” por él— como las reflexiones a las que éstas y su experiencia en el ámbito de la política lo condujeron. Los escritos de Valadés configuran así un nutrido conjunto historiográfico, forjado originalmente fuera del ámbito institucional (como ocurrió con muchos de los historiadores mexicanos que produjeron en las primeras décadas del siglo xx), pero que tuvo la peculiaridad de consolidarse en la esfera de la privacidad, cuando los estudios históricos habían adquirido un carácter profesional y la investigación, en este campo, el estatuto institucional que le sería propio.

Valadés llegó a la historia, según su propio testimonio, por el significado que, en razón de sus circunstancias personales y las de la época, atribuyó al proceso revolucionario, acerca del cual se propuso escribir desde muy joven. Años después, afín a la tendencia que —en sus palabras— impulsó el “revisionismo” cuando estaba por concluir la tercera década del siglo xx y considerando que era absurdo separar el análisis del movimiento revolucionario de las épocas precedentes, se convirtió en un acucioso investigador de la historia decimonónica. Las

* Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México. E-mail: <gvmunam@yahoo.es>.

¹ En los textos de José Cayetano Valadés, el término *conexividad* se utiliza para aludir a las diversas interrelaciones propias de cualquier fenómeno histórico individual o social y cuyo estudio considera indispensable para comprenderlo. También se aplica, a propósito de la continuidad inherente a los procesos históricos artificialmente fragmentados en las periodizaciones convencionales.

preguntas que formuló para cumplir sus propósitos, así como la flexibilidad con la que fue planteándolas, en continuo diálogo con los documentos, dieron gran solidez a sus trabajos. Pronto éstos corroboraron la pertinencia de la “conexividad” para explicar procesos y personajes del pasado, pues permitía establecer continuidades, comúnmente ausentes en las narraciones históricas dominadas por las cargas políticas, y abría la posibilidad de comparar, con el debido fundamento, distintos momentos y situaciones para esclarecerlos.

A lo largo de más de cuatro décadas nuestro autor perseveró en la escritura de la historia; en una porción considerable de ese tiempo, también cultivó el periodismo —llevando frecuentemente a él temas del pasado. Además, atendió sucesivamente responsabilidades públicas, impartió cátedra y desempeñó cargos diplomáticos. Varios tramos de su vida estuvieron marcados por la participación que tuvo en la vida política del país, siempre al lado de las candidaturas y grupos que pretendieron hacer contrapeso a la “política oficial”, llegando incluso a trabajar para la formación de un partido independiente en los años cincuenta, empresa que refiere en la última parte de sus memorias, tituladas *Confesiones de un político*.²

Situado más allá de la historia “satánica o apolínea” —términos utilizados por el sinaloense para referirse al vicio de la condena o exaltación, a su juicio inaceptables en el historiador y perniciosos para la sociedad— realizó estudios sobre Antonio López de Santa Anna y la Guerra de Texas, Lucas Alamán, Ricardo Flores Magón, el Porfiriismo y la Revolución, por mencionar sólo algunos, que inauguraron nuevas formas de tratamiento de los personajes y procesos. En ellos, formuló apreciaciones de gran agudeza histórica que, aún hoy, invitan a la controversia, como su análisis de la estructura y funcionamiento del aparato político porfiriano; el razonamiento que lo lleva a caracterizar como “dictadura de la clase media” a la establecida tras el triunfo de la Revolución de Ayutla; las semejanzas y diferencias que advierte, en lo concerniente al ejercicio del poder, entre Santa Anna y Díaz, así como la identificación de los elementos autodestructivos, por autoritarios, que poseía el Estado posrevolucionario en los años sesenta del siglo XX, entre muchas otras. No menos perspicaz fue nuestro autor cuando trabajó en el “desciframiento” de la profunda problemática subyacente en asuntos escasamente estudiados, como la rebelión de Tomóchic,

² Agradezco a la maestra Patricia Galeana de Valadés y al doctor Diego Valadés haberme permitido la consulta de los textos inéditos de Valadés, *Confesiones de un joven rebelde*, Mcs., 398 págs. y *Confesiones de un político*, Mcs., 222 págs.

símbolo de la represión porfiriana, que no se había abordado, considerando sus múltiples implicaciones, como lo hace Valadés.

Algunas de estas obras concitaron críticas de sus contemporáneos, por ocuparse de etapas o personajes “condenados” de nuestra historia; otras fueron consideradas, en razón de su enfoque general, disonantes en los ámbitos académicos, donde empezaba a imponerse la modalidad monográfica en el cultivo de la historia.

Sin embargo, tras el proceso de especialización que experimentó la historiografía —al igual que muchos otros campos del conocimiento— en poco menos de un siglo y replanteada la relación entre la historia y la política, la obra de José Cayetano Valadés adquiere un nuevo significado. En efecto, particularmente por el sentido integral que siempre quiso imprimir a sus estudios, éstos resultan un referente imprescindible, en la medida que crece la necesidad de construir visiones generales de las épocas y los procesos, nutridas por los estudios sectoriales del pasado. La investigación monográfica entra en una nueva fase, en tanto parece haber cumplido un ciclo con importantes dividendos, tales como la consolidación de un método histórico, la notable ampliación de temas y problemas concernientes al estudio del pasado, la preservación y rescate de los fondos documentales.

La aproximación a la obra de José C. Valadés, que aquí se realiza a través de tan sólo una muestra de su abundante producción, pretende explicar cómo y por qué se activó y mantuvo el principio de la conexividad en sus estudios y de qué manera su aplicación lo condujo no sólo al análisis de etapas y personajes que habían sido “expulsados” de la memoria de los mexicanos, por motivos políticos o por una noción simplista de la realidad, sino a construir una interpretación articulada acerca del Estado mexicano —en el sentido amplio del término— desde sus propias categorías históricas.

Las consideraciones que enseguida se presentan encuentran su fundamento en el supuesto de que la pieza historiográfica es el punto de intersección de tres planos, cuyo estudio permite ponderarla adecuadamente: el de su creador, el de las circunstancias particulares en las que está inscrita y el de las ideas predominantes en su tiempo, planos que, por la naturaleza de este trabajo, aquí sólo quedan esbozados.

1. Historiador por la Revolución

LA Revolución fue un punto de referencia ineludible para José Cayetano Valadés, tanto desde el punto de vista social como del personal. Su

padre, Francisco Valadés, descolló en la política sinaloense cuando, por la muerte del gobernador del estado, Francisco Cañedo, encabezó los trabajos orientados a la postulación de un candidato independiente al cargo. Entonces escribió a su primo, José Ferrel, quien compartía con él ideas e inquietudes, a fin de que “abandonando las placideces de sus tiempos periodísticos” aceptara participar en la contienda electoral. Sorprendido por el ofrecimiento, Ferrel le pidió que aguardara hasta que él mismo hablara con Díaz al respecto. Lo anterior no detuvo a Francisco Valadés: hubo una reunión efectuada en su casa, “de la cual salió la idea de formar un partido político, fue la señal de una cercana lucha”. “Sinaloa era en aquella hora el primer piloto de la democracia”, afirmaría José Cayetano en el recuento de su niñez, que hizo en el texto titulado *Mis confesiones*.³ Ahí recuerda que le impresionaron vivamente los personajes a los que convocó la candidatura independiente,⁴ así como las actividades que trajo aparejadas el surgimiento del ferrelismo:

¡Cómo no guardaría en mi memoria aquella noche que, desde mi lecho, oía entre el júbilo de mi corazón y la ansiedad de mi carne, el estruendo de los aplausos en respuesta a la impetuosa oratoria de don Heriberto Frías, quien preconizaba el principio de la democracia política en Sinaloa! Y ¡cuánto no temblaría mi ser escuchando la voz de mi padre leyendo el mensaje que enviaba al presidente de la República, comunicándole que el pueblo sinaloense creía llegada la hora de poder elegir a sus gobernantes! [...] Y luego de ese espectáculo imborrable, decidme si no amaríamos minuto a minuto y toda la vida el acontecimiento que años más tarde llamaríamos Revolución Mexicana.⁵

También dejaron una profunda huella en el espíritu del mazatleco los comentarios de sus progenitores, quienes convencidos de que el político debía ser “hombre de independencia, caballero desinteresado y ardiente, estudioso infatigable por estar obligado a conocer la legislación universal

³ Valadés, *Mis confesiones (vida de un huérfano)*. México, Editores Mexicanos Unidos, 1966, p. 143.

⁴ El caso de Sinaloa es un ejemplo elocuente de los desencuentros entre el régimen porfirista y la clase política mexicana emergente; ilustra también la fractura interna dentro de él y el peso de la “interferencia” reyista. Como prometió a Francisco Valadés, Ferrel habló con el presidente, quien dijo que dejaría en libertad a los sinaloenses para que disputaran la gubernatura. Más tarde, en correspondencia privada, el propio Ferrel le reclamó a Díaz el engaño de que fueron objeto. José Ferrel a Porfirio Díaz, 14 de junio de 1909. cfd. Leg. xxiv. doc. 009659, citado en Gloria Villegas Moreno. “Los confines de la utopía”, *Historia mexicana*, XLVI:4 (1996), p. 581.

⁵ Valadés. *Mis confesiones* [n. 3], pp. 141-142.

y, por último, individuo con capacidad para mandar y servir a la comunidad”,⁶ se propusieron estimular en él esa vocación.

Pronto Francisco Valadés viviría en carne propia el costo que implicaba hacer honor a estas ideas. Con el arribo de Diego Redo al gobierno del estado en el año de 1909 —como parte de la estrategia para aniquilar el reyismo y afianzar la permanencia de Ramón Corral en la vicepresidencia de la República, con vista a las elecciones de 1910— la situación se tornaría cada vez más difícil para quienes se habían comprometido con la candidatura de Ferrel.

Los señores Tarriba, luego del fracaso político, se retiraron del negocio de Valadés y Compañía Sucesores. Otro tanto hizo el riquísimo Pedro Padilla, mientras el señor A vendaño advertía a mi padre la necesidad de que el señor Frías abandonase la dirección de *El correo* y de que mi padre traspasase la parte correspondiente a su capital a una persona que fuese simpatizadora del nuevo gobernador.⁷

Agravadas las circunstancias y crecidos los riesgos, Francisco Valadés “temió que alcanzaran a sus hijos”, por lo que consideró seriamente la posibilidad de radicar con su familia en la capital del país. Para preparar el traslado y atender su quebrantada salud viajó a la ciudad de México, poco después de que Francisco I. Madero —quien entonces realizaba una de sus giras para promover la formación de clubes— lo visitó en Mazatlán, pues a través del periódico *El correo* había fluido la propaganda antirreeleccionista en la región.

Francisco Valadés, que entonces tenía treinta y seis años de edad,

había vendido sus propiedades y reunido un pequeño capital con el cual iba a comprar la imprenta y talleres de la American Book, que se hallaban en la esquina de las calles Gante y 16 de septiembre de la ciudad de México; y, como vivía muy ajeno a la gravedad de sus males, pensaba engrandecer el negocio con talleres de litografía y grabado, para lo cual irían a unirsele a la capital su siempre querido primo don Carlos Valadés y media docena de hábiles obreros de *El correo*.⁸

Finalmente, emprendió el viaje proyectado, del que no retomaría. Dijo entonces a sus hijos: “Don José Cayetano debe recordar que está llamado a ser leal a las ideas de su padre [...] y tú, Pancho (agregó dirigiéndose a mi hermano) a ser el inquebrantable hermano”.⁹ La muerte

⁶ *Ibid.*, p. 155.

⁷ *Ibid.*, p. 157.

⁸ *Ibid.*, p. 166.

⁹ *Ibid.*, pp. 167-168.

intempestiva de Francisco Valadés, a causa de la agudización de sus padecimientos, colocaría a su familia en una situación difícil. La joven viuda y sus hijos inicialmente radicaron en Los Ángeles y San Francisco, California; más tarde en Guadalajara y, finalmente, en la capital de la República.

Los años que en condiciones normales hubieran sido de sosegado estudio fueron para José Cayetano de estrecheces económicas, aunque de gran intensidad. Tuvo contacto con hombres poseedores de una clara vocación intelectual, como el destacado bibliófilo Juan Iguíniz, quien hacía los trabajos tipográficos que requería la comandancia carancista. Éste y Ramón Iturbe,¹⁰ lo hicieron “amigo y partidario de las letras”.¹¹ Cuando trabajó en la pagaduría del general Iturbe estuvo en contacto con la “pobretería rural”¹² y conoció a varios jefes revolucionarios, cuyas contrastantes personalidades llamaron su atención.¹³

Sin duda, el hecho de que su juventud hubiera transcurrido cuando “vivía el país dentro de la atmósfera del drama; y más conmovedor era el existir que el desaparecer”,¹⁴ dotó a José Cayetano de la capacidad para entender momentos y circunstancias análogos de otro tiempo. A él llegaban a veces, sin filtro alguno, imágenes de violencia y crudeza que nunca columbraron para sus vástagos los esposos Valadés. Pero

¹⁰ Valadés recordaría la devoción que tenía Iturbe por el estudio: “Su formación la debía a las enseñanzas políticas y filosóficas de don Francisco I. Madero [...] Gustaba de la filosofía esotérica, la astronomía y la estética. Había cierta dispersión en sus conocimientos científicos [...]”

De sus comunes faltas didácticas, venía su espiritismo del que hacía un espiritualismo excéntrico. Tenía como libro de cabecera el *Bhima*, la obra casi desconocida escrita por el señor Madero. Reunía en su casa a un grupo de jóvenes ansiosos de escuchar lecciones sobre esoterismo y naturismo, que constituían los dos motivos de moda.

Formaba en aquellas tertulias, como cabeza inspiradora, el padre Arreola, distinguido matemático, astrónomo, teólogo y canonista. Arreola correspondía a la escuela del ilustre Padre don Agustín Rivera, quien exageraba su erasmismo. El Padre no estaba de acuerdo con la ortodoxia espírita del general Iturbe; pero a ambos les unía un afán de estudio [.] Por las noches, el sacerdote y el general Iturbe, instalados en la azotea de la casa de éste y provistos de un telescopio, pasaban horas escudriñando el firmamento. En algunas ocasiones me invitaron para que les acompañase, pero no era el estudio del cielo lo que me imantaba. En cambio, ¡cuánto quería aprender a penetrar el alma humana!”, Valadés, *Confesiones de un joven rebelde* [n. 2] pp. 76-77.

¹¹ *Ibid.*, p. 75.

¹² *Ibid.*, p. 86.

¹³ La sencillez de Iturbe y la elegancia de Diéguez le parecían contrapuntos inexplicables. En el estado mayor del segundo, “todo daba el aspecto de lo brillante. La oficialidad estaba escogida entre los guapos mozos, destacándose las figuras de Sebastián Allende y David Alfaro Siqueiros, quien todavía no pintaba ni recitaba el credo del Estado sobre el individuo”, *ibid.*, p. 93.

¹⁴ *Ibid.*, p. 95.

también recibió otras deslumbrantes, como las de los militares aureolados por el triunfo. Así, recordaría el momento en que incidentalmente él y su hermano Pancho presenciaron la ceremonia con la que se festejó el aniversario de los combates de Celaya. A ella concurrieron Venustiano Carranza, sus secretarios de Estado, los generales Álvaro Obregón y Pablo González, entre otros, así como prominentes funcionarios del gobierno, dando nueva vida al escenario en el que se produjo “el primer paso a la victoria del constitucionalismo”. Los jóvenes Valadés, quienes nunca habían asistido a un acto de esa naturaleza, pudieron “admirar la entidad de Carranza; la gallardía de Obregón; la altivez victoriosa de sus acompañantes”.¹⁵

Poco después, cuando José Cayetano y su hermano arribaron a la ciudad de México, el primero sintió que se iniciaba un cambio trascendental en su vida:

Despertóse en mí la ambición; pero no el apetito de ser poderoso; de mandar y ser obedecido; de crecer en la estatura del oro; de ganar escalones a fuerza de adulaciones y obsecuencias. La ambición que empezó a aguijonearse [*sic*] fue la de continuar la obra de mi padre, tan tempranamente interrumpida. Él sintió arrestos de literato y político y consideré ambos caminos. Estimé que si era “hombre de ideas” como me preconizaba mi madre, no podría ser gobernante. La inquietud fue un péndulo en los días que siguieron al suceso.¹⁶

En 1917, ya radicado en la capital, inició sus estudios en la Escuela Homeopática, situada en la barriada de Peralvillo, que pronto habría de abandonar, ingresando en 1919 como empleado a la Contaduría Mayor de Hacienda. Fue entonces un asiduo concurrente a los debates en la Cámara de Diputados, que le parecieron “un espectáculo arrobador”.¹⁷

El mismo año de 1919, con “una vieja máquina de rodillo levadizo”, escribió un pequeño estudio sobre el municipio libre para el concurso convocado por *El heraldo de México*, con el que obtuvo el primer premio.¹⁸ Las inclinaciones intelectuales que poseía José Cayetano fueron estimuladas por la relación que entabló, en esos años, con Ignacio Escalante y Eduardo Delhameau; este último le mostró las entrañas de la literatura española y lo hizo devoto admirador de Juan Valera.¹⁹

¹⁵ *Ibid.*, p. 105.

¹⁶ *Ibid.*, pp. 117-118.

¹⁷ *Ibid.*, p. 150.

¹⁸ *Ibid.*, p. 140.

¹⁹ *Ibid.*, p. 144.

También lo sedujo, entonces, el pensamiento de Joaquín Costa, tanto que llegó a creerse “llamado a las letras pedagógicas”,²⁰ e inspirado por él escribió un “atrevido ensayo” que publicó Andrés Montañón en su revista *Mosaico* de Mazatlán. Asimismo, conoció facetas distintas a la de los deleites del espíritu, cuando se percató de las argucias y corrupciones electorales desplegadas para llevar a la alcaldía de la ciudad de México a Herminio Pérez Abreu, con quien colaboró algún tiempo.

Quizá sin la madurez y la disciplina que hubiese requerido para asimilar un mundo tan cambiante como el de la capital del país, en el que se reflejaba intensamente la conmoción nacional que seguiría reverberando en la sociedad mexicana por varios años, el escenario en el que vivió José Cayetano le resultaba extremadamente confuso: “Mi afición estudiosa caminaba azogada. Ahora me consideraba discípulo de las doctrinas esotéricas; era vegetariano. Usaba melena estrafalaria. Me dejé crecer una barba rala y rojiza. Concurría a todas las conferencias, lo mismo del beatífico señor don Antonio Caso, que a las del rebelde Manabendra Nath Roy”.²¹

Acerca de esa abigarrada presencia de credos y pensamientos Valadés aporta evocaciones personales que no sólo resultan elocuentes respecto de su propia experiencia, sino retratan con fidelidad aquellos momentos a los que Manuel Gamio se refirió, en su obra *Forjando patria*, como los del derrumbe de los “cacicazgos intelectuales”.²² Así, por ejemplo, cuando se refiere a Caso, expresa, con un dejo irónico, que

tenía [...] las características de un pontífice universitario. Repetía admirablemente sus lecturas favoritas. Poseía las facultades de un maravilloso divulgador del método bergsoniano que aplicaba una solución para cada causa; pero pronto se volvía inconsistente tratando de penetrar en las cuestiones de una ética trasnochada e inspirada por la pedantería [...] Era producto de una época. El Ateneo de la Juventud fue la mata de esa condición que fijó don José Vasconcelos, quien no permitía que nadie se le adelantase; pues se creía dueño de un siglo mexicano. Algo de lo mismo se sentía en las lecciones de don Antonio; ahora que éste no podía ocultar las humillaciones sufridas con la Revolución. Ellos, los del Ateneo, que se consideraban los únicos preparados dentro del régimen porfirista para atrapar lo porvenir, ¿qué habían sido o eran dentro de la gran batalla nacional?

²⁰ *Ibid.*, p. 145.

²¹ *Ibid.*, pp. 162-164.

²² Manuel Gamio, *Forjando patria* [1916], presentación de Justino Fernández, México, Porrúa, 1960 (*Sepan cuantos*, núm. 368).

..] El señor Caso tenía su pequeña corte [. .] y no tenía otro reducto que su erudición.²³

Es comprensible —en medio de sus inquietudes y dudas, a las que Valadés aludía con la acertada metáfora del movimiento pendular— el entusiasmo que le produjeron las obras de Máximo Gorki y Pedro Kropotkin, a cuya lectura se aficionó hacia 1920. Particularmente, las ideas de este último lo situaban en un terreno de aparente firmeza y a ellas se entregó con fervor. Como consecuencia de su nuevo credo, participó en la fundación de la agrupación Juventud Igualitaria e inició su relación con bolcheviques y anarquistas. Además, José Cayetano, siguiendo el guión del radicalismo, publicó el periódico *Juventud mundial* y fundó la Federación de Jóvenes Comunistas.

En cambio, no lograron convencerlo, entonces, las argumentaciones de los agraristas, dispuestos a establecer una alianza con el gobierno de Álvaro Obregón, en la medida que éste se comprometió a atender sus demandas. Asistente casual a las primeras reuniones destinadas a organizar el Partido Nacional Agrarista, nuestro personaje conoció entonces a Antonio Díaz Soto y Gama y percibió que éste, valiéndose de “primores doctrinales”, estaba “fabricando a Emiliano Zapata y al zapatismo”.²⁴

Las palabras de don Antonio, que Allen, Stimer y yo escuchábamos con los brazos cruzados, el sello del silencio y el arrobo del alma, no podrán ser olvidadas, cuando menos por mí, en el correr de una considerable suma de años. Por lo mismo, sin haber pertenecido a su partido y sí discordado de su agrarismo político y de su conversión religiosa, le llamábamos san Soto y Gama.

Esa noche que escuché por vez primera a quien fue, sin duda alguna, uno de los grandes mexicanos en las décadas del 1900 al 1950, supe acerca de un casi fantástico capítulo correspondiente a la historia social de México.²⁵

Concluida la fase más intensa de la violencia armada y sentadas las bases del nuevo Estado, urgido de encauzar las innumerables fuerzas sociales surgidas en la lucha y ante la disyuntiva de sumarse a la clase política u oponerse a sus excesos, Valadés escogió lo segundo. Así, participó en la fundación de la Confederación General de Trabajadores (CGT), al lado de Alberto Araoz de León y Manuel Díaz Ramírez.

²³ Valadés. *Confesiones de un joven rebelde* [n. 2], pp. 162-164.

²⁴ *Ibid.*, p. 198.

²⁵ *Ibid.*, p. 201.

2. *Visión histórica y compromiso societario*

Los jóvenes portadores de un nuevo radicalismo consideraban que la Revolución Mexicana triunfante era un movimiento burgués, y por tanto a ellos les correspondía luchar en favor de la genuina revolución proletaria. En el caso de José Cayetano, abonaron esas ideas los consejos de Sen Katayama, caudillo del socialismo japonés, quien vivió un tiempo en el hogar de los Valadés y uno de cuyos trabajos, *La República Rusa de los Soviets*, tradujo el propio José Cayetano.²⁶ En 1922, junto con José Rubio, Martín Paley y Felipe Leija Paz, Valadés organizó el Bureau Latinoamericano de la Internacional de Sindicatos Rojos y publicó su primer texto formal: *Revolución social o motín político*,²⁷ en el que, haciéndose eco de los corrientes sociales en boga, se disponía a dar cátedra de comunismo desde la perspectiva mexicana.

En esta pequeña obra desplegó la demostración histórica que sustentaba la recomendación dirigida a los trabajadores por el Primer Congreso del Partido Comunista Mexicano, efectuado en diciembre de 1921, en el sentido de que no tomaran partido en los motines que diversos grupos políticos preparaban, porque la participación de los trabajadores en estos motines no hace sino debilitar la fuerza del proletariado mexicano, que debe guardar estas fuerzas para la Revolución Social. El Partido Comunista de México señalará a los trabajadores el momento oportuno para entrar al combate y aprovechar el motín político transformándolo en Revolución Proletaria.²⁸

La argumentación del mazatleco se basaba en las tesis marxistas:²⁹ si la producción económica determina “la vida social, política e intelectual de todos los países” y la actividad productiva era tan ficticia y vacilante en México, el resultado no podía ser sino una realidad social análoga. “México, sin embargo de sus grandes riquezas naturales, tan cacareadas por infinidad de politicastos y escritorzuelos vendidos, no es un país de vida propia, carece de una base económica nacional; de propia burguesía; de propia literatura”.³⁰

²⁶ También tradujo *El imperialismo americano* de Luis C. Fraina y *Dios y el Estado* de Miguel Bakunin. Véase Diego Valadés, “Presentación” a José C. Valadés, *Sobre los orígenes del Movimiento Obrero en México* [1927]. México, CEHSMO, 1972, p. 9.

²⁷ Por esa época, refiere Diego Valadés, José Cayetano publicó el texto intitulado *La burla política*, que convocaba a la abstención electoral, *ibid.*

²⁸ Resolución del Primer Congreso del Partido Comunista de México, del 25 al 31 de diciembre de 1921, en Valadés, *Revolución social o motín político*, México, 1922 (*Biblioteca del Partido Comunista*), pp. 3-4, *ibid.*, p. 6.

²⁹ Citaba el pasaje pertinente de la *Crítica de la economía política* de Karl Marx, *ibid.*, p. 7.

³⁰ *Ibid.*

Así, tomando como eje explicativo la lucha de capitales “por el dominio del mercado económico de la región mexicana”, hizo un recuento histórico en el que destacan las siguientes afirmaciones: la guerra de Independencia iniciada por Hidalgo tuvo el apoyo del gobierno de Estados Unidos, con lo cual apareció por primera vez reflejada en México la tendencia imperialista;³¹ el triunfo de Iturbide en 1821 “no fue sino la emancipación de la burguesía criolla de la tutela del capitalismo español”;³² éste reaccionó, destruyendo la Asamblea Constituyente de 1824 y entronizando a la “grande burguesía terrateniente a cuyo frente se colocó a su Alteza Serenísima el General Santana[sic]”.³³ Posteriormente, entregado el gobierno mexicano a la burguesía francesa, Estados Unidos recurrió a la guerra a fin de asegurar su predominio económico sobre México, obteniendo mejores resultados de los que esperaba, pues se anexó casi la mitad de nuestro territorio.

Y refiriendo el acoso de las grandes potencias sobre México, como parte de la lucha que libraban a nivel mundial, lo explicó en los siguientes términos: España seguiría fomentando revueltas entre los clericales, Inglaterra proveía de armas a “diversas fracciones[sic]” y Francia, creyendo más adecuado seguir el ejemplo de Estados Unidos, “no consideró suficiente sostener pequeñas rebeliones, sino que decidió enviar todo un ejército armado y con todos los caracteres de intervencionista y conquistador”.³⁴ Tras el triunfo de Juárez, prosigue Valadés, el presidente “tuvo que iniciar una política de contemporalización con el capitalismo extranjero y con la burguesía mexicana. A esto se debió que pudiera sostenerse en el poder”.³⁵ Lerdo, en cambio, otorgó concesiones al capitalismo inglés; como respuesta, el imperialismo americano dio su apoyo al movimiento de Tuxtepec.³⁶ Y concluía esta argumentación afirmando que, no fue sino en 1910 “cuando la pequeña burguesía tomó la parte activa y decidida en los motines políticos”; antes, por lo aislado de su acción, “no hacía sentir su peso”.³⁷

Asimismo, Valadés se ocuparía del papel desempeñado por los campesinos y obreros en los motines políticos aludiendo a los ancestrales despojos de los pueblos indígenas —que en un principio, “aunque independientemente”, combatieron “al lado de la pequeña burguesía”

³¹ *Ibid.*, p. 10.

³² *Ibid.*, p. 11.

³³ *Ibid.*, pp. 11-12.

³⁴ *Ibid.*, p. 12-13.

³⁵ *Ibid.*, p. 14.

³⁶ *Ibid.*

³⁷ *Ibid.*, p. 9.

contra la dictadura de Díaz— para señalar que ese grupo “al triunfo de ésta no depuso sus armas, sino que cobró más bríos, para seguir la lucha en contra de los grandes poseedores de la tierra. Entonces, la pequeña burguesía tuvo que atacar este movimiento, aplastándolo por de pronto”.³⁸

Y, llevando su análisis hasta los tiempos recientes, sostuvo que bajo el título de “anarquistas”, miembros de la pequeña burguesía se aliaron con los campesinos revolucionarios. Entonces, “ese movimiento perdió los caracteres de una lucha armada de la clase campesina, para convertirse en motín político”.³⁹ La Convención Soberana, afirma Valadés, había transformado el motín en “Revolución Proletaria”, aunque —señalaba en tono irónico— los anarquistas pretendían hacer creer que por legislar en materia de trabajo la Revolución Social se consumaría. El problema, según nuestro autor, radicaba en la incapacidad directiva del proletariado. Debido a ello “los llamados anarquistas llevaron a los trabajadores a una lucha de la pequeña burguesía en 1915”, del mismo modo que “los llamados laboristas y socialistas volvieron a repetir esta hazaña en 1920”; en consecuencia, era indispensable el fortalecimiento del “partido de la clase obrera y campesina”:

Hablar de aprovechar los futuros motines políticos sin una fuerza dirigente revolucionaria y comunista, es perder tiempo, energía y hacer que desaparezca entre las clases laborantes la idea de emancipación. La necesidad de esta fuerza dirigente la reconoceremos hoy más visiblemente después de haber estudiado el fracaso de 1915 y de 1920 [...]

Además, con esa fuerza directriz concentrada en el Partido Comunista, se pondrá a raya a los generales y politicastro, que a diario buscan el momento oportuno de hacer nuevos motines políticos a título de revolución social, para arrastrar a las masas y aprovecharlas debidamente.⁴⁰

El compromiso que asumió José Cayetano con el proletariado se intensificó a partir del contacto que estableció con los trabajadores de las fábricas La Hormiga y Santa Teresa. Entonces, colaboraría con Esteban Flores, jefe del Departamento del Trabajo de la Secretaría de Industria, en la redacción de una ley de protección a los obreros. Este acercamiento tendría, sin embargo, un saldo más duradero. Según el propio testimonio de Valadés, de ahí nació el interés que desde entonces tuvo, por estudiar el Porfirismo, así como creció el de estudiar la Revolución.

³⁸ *Ibid.*, pp. 30-31.

³⁹ *Ibid.*, p. 31.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 56.

Nuestro autor fue una figura destacada en el Congreso de la CGT y participó activamente en la organización de las huelgas petroleras, pagando con la cárcel su actitud contestataria hacia el nuevo Estado. No obstante lo anterior, mantendría incólume su vocación societaria, como lo corrobora la investigación que intituló *Los orígenes del socialismo en México*, que nunca se publicó completa. Parte de la misma apareció en *La protesta* de Buenos Aires, en 1927, bajo el título “Sobre los orígenes del Movimiento Obrero en México”, pues con este ensayo ganó un certamen convocado por esa publicación anarquista. Los archivos “de las viejas sociedades mutualistas de México, una parte del archivo del Gran Círculo de Obreros y los periódicos socialistas tanto mexicanos como extranjeros” fueron las fuentes principales de las que se sirvió para escribir los apuntes sobre la historia del socialismo en México. A pesar de las “grandes lagunas” que según Valadés tenía esta obra, cumplía su objetivo: “que los esfuerzos de unos cuantos hombres —los primeros abanderados del socialismo en México— no queden perdidos, olvidados”.⁴¹

En el trabajo aparecido en *La protesta* nuestro autor preconizó que los movimientos sociales en América Latina tenían un mismo origen:

No hay manifestación de la vida en la que pueda estar ausente la expresión de alguna de las dos tendencias que constituyen la lucha de las ideas; de la vida misma también, la tendencia de la libertad y la tendencia de la autoridad. Es en el movimiento obrero donde esta lucha se hace resaltar con más vigor; es que tal vez muestra la última etapa de la secular batalla.⁴²

Además, retomaba su tesis del motín político a fin de plantear los riesgos que se perfilaban para el futuro si el Estado asumía el control y la organización de las agrupaciones de trabajadores. Sus apreciaciones, nuevamente, partían del recuento histórico de las relaciones que se habían dado en México entre ambos:

Si Lerdo de Tejada no aprovechó definitivamente el movimiento obrero representado por el Gran Círculo, fue debido a su rápida caída; pero no pasó lo mismo con el triunfador del motín: Porfirio Díaz. Éste logró, bien pronto, poner a sus órdenes el Gran Círculo, y a aquel movimiento, que poseía una gran dosis subversiva, que no olvidaba el sentimiento revolucionario inspirado desde su iniciación por Santiago Villanueva, bien es cierto que no fue destrozado por las bayonetas del caudillo, pero sí conquistado por su sagacidad y puesto, finalmente, a las órdenes del capitalismo ¿No es ésta

⁴¹ Valadés. *Sobre los orígenes del socialismo en México*, en la citada “Presentación” de Diego Valadés [n. 26], p. 7.

⁴² *Ibid.*, p. 11.

acaso la mejor táctica del Estado? El Estado, para existir, necesita encerrar en su seno, debidamente organizadas, todas las actividades de la vida; el movimiento obrero es uno de los principales recursos.

El pueblo organizado y en manos del Estado es más peligroso para el sentimiento y la acción revolucionaria que varios miles de bayonetas.⁴³

Si alguna constante se puede advertir en los primeros trabajos de Valadés, es su permanente preocupación por los problemas sociales y la certeza de que sólo debidamente organizadas las fuerzas del proletariado podrían luchar por sus derechos y conquistarlos. Para ello consideraba indispensable el conocimiento del pasado, porque éste develaba las turbias intenciones de quienes por egoísmo y ambición intentaban subyugarlos. El esquema interpretativo que utilizó, al efecto, en *Revolución social o motín político* se ajustaba a la explicación marxista de las luchas imperialistas por el control del capital y los mercados, asumiendo que la política no era sino una estratagema más de dominio. En el breve trabajo publicado sobre el movimiento obrero en México, en cambio, predominan las tesis anarquistas, por cuanto que el énfasis se encuentra en la crítica hacia el Estado y sus mecanismos de control para aniquilar la acción revolucionaria. En ambos casos, sin embargo, está presente la certeza de que sólo una visión temporal y espacial amplia de los acontecimientos permite comprender la realidad social. La que propuso para la historia de México en estos primeros años, a pesar de la crítica que le merecieron los agraristas de entonces, resultaba muy semejante a la preconizada por los “ideólogos” del zapatismo.

Sin embargo, a diferencia de éstos, por sus escritos y su militancia, Valadés se colocaba no sólo en la oposición coyuntural, sino en aquella que se planteaba el debilitamiento y hasta la destrucción del Estado, cuando los primeros gobiernos posrevolucionarios sentaban las bases del nuevo régimen.

3. Individuos y episodios a la luz del principio de la “conexividad”

OTROS derroteros tomarían la vida de José Cayetano Valadés a partir de su trabajo periodístico en *La opinión* de Los Ángeles, California,⁴⁴ que lo llevó a radicar a lo largo de tres años en esa ciudad. Desde ahí pudo “observar y verificar” la ansiedad y el entusiasmo que sobrecogió

⁴³ *Ibid.*, p. 61.

⁴⁴ El diario era propiedad de Ignacio E. Lozano y lo dirigía Regino Hernández Llargo.

al pueblo de México”⁴⁵ en las controvertidas elecciones de 1929, que aportaban nuevos elementos al antiestatismo de sus primeras obras y cuyo desenlace suscitó en el mazatleco las siguientes reflexiones:

¿No los millares de dependientes del Estado se pondrían obediente y lealmente al lado del callismo? ¿No Calles había sentado un poderío político del cual no podrían apartarse los presidentes de la república en un siglo? ¿No se entendía que el presidencialismo, con todos sus males y bienes, significaba la continuación de los regímenes autoritarios de don Benito Juárez y don Porfirio Díaz?

La Revolución, arte de la política creadora y ciencia del societarismo humano, estaba detenida frente a los muros del Estado.⁴⁶

Valadés concurrió a la llegada de Vasconcelos a Los Ángeles, donde pudo conversar con muchos de los antiguos revolucionarios y recoger sus apreciaciones acerca del dramático momento que vivía el país. “Cuántos documentos verbales, también escritos, recogí del señor De la Huerta, de don Pepe Maytorena, del general Estrada y del profesor Manrique. Con ellos empecé a reunir papeles para escribir más adelante la historia de la Revolución. Asimismo llené numerosas páginas de *La opinión*, con crónicas e historias”.⁴⁷

Este trabajo periodístico se nutría, según su propio testimonio, con la generosa información que le hacía llegar, desde la capital, Alfonso Taracena, quien entonces laboraba en el periódico *Excelsior*.

Si la distancia fue modulando la visión que Valadés tenía de la situación política en México, el ejercicio periodístico le dio mayor agudeza analítica y contribuyó a consolidar un estilo directo y contundente, despojado de la retórica radical de su primera juventud. Colocado en un mirador que lo obligaba a contemplar con mayor detenimiento el mundo y convertido en un asiduo visitante de las bibliotecas públicas de Los Ángeles, para llevar a cabo su labor periodística, consideraba próximo el momento de desarrollar “plena-mente [sus] aficiones históricas”⁴⁸ y, por lo tanto, debía volver a México, para “desenvolver los estudios históricos que hervían” en él.⁴⁹ En esa época, Valadés realizó un viaje por la República Mexicana, por encomienda de Lozano, dueño del diario *La opinión*, con el propósito

⁴⁵ Valadés, *Confesiones de un político* [n. 2], p. 2.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 3.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 7.

⁴⁸ *Ibid.*

⁴⁹ *Ibid.*

de que buscase un lugar “para sembrar una ciudad ideal, que debería ser poblada con mexicanos que residiendo en Estados Unidos desearan regresar al país”.⁵⁰ Y encontró uno idóneo para tal propósito en las tierras que formaron parte de la Hacienda de Corralejo; sin embargo, la crisis económica de 1930 en Estados Unidos, que afectó los intereses de Lozano, impidió que se concretara el proyecto. “Hubiésemos levantado, lo tengo por seguro, una gran ciudad mexicana”,⁵¹ afirmó entonces Valadés.

No obstante que en 1930 —año en el que regresó a México, sin dejar de colaborar en el diario angelino— publicó *Las memorias de don Adolfo de la Huerta*, pasaría algún tiempo para que José Cayetano “desenvolviera” plenamente sus inquietudes históricas. Mientras tanto proseguiría sus tareas periodísticas, que lo mantuvieron atento a la situación política del país y lo acercaron a las candidaturas independientes surgidas en esos años. Esta última experiencia, puntualmente consignada en el relato *Confesiones de un político*, suscitara en él, años después, la siguiente reflexión: “El político debe ser frío, duro de carácter, fingir amistad sin dejarse arrastrar por ésta, dramatizar las escenas o llevarlas al delirio aparente. La bondad no puede figurar en el catálogo de los alientos políticos”.⁵²

Acopiadas cuantiosas vivencias y abundantes documentos, convencido de que entraba a lo que Goethe llama la etapa de la finalidad, precedida de las de la cultura y el esfuerzo, Valadés pudo concluir un pequeño libro sobre uno de los acontecimientos más controvertidos de nuestra historia: *México, Santa Anna y la guerra de Texas*, editado en 1936. Aunque originalmente reducido a la historia de la guerra, el plan de la obra se enriqueció. En un pasaje de la “Advertencia”, delineaba claramente el recorrido previo a su culminación:

Quise conocer a un hombre, y el hombre a quien buscaba me empujó hacia otros hombres; pretendí poner en movimiento el ejército mexicano, y el ejército me llevó a la sociedad: traté de vivir los instantes de miseria, de sufrimientos, de esperanzas de un pueblo, y el pueblo me condujo a una época de su vida; busqué la causa de una tragedia y la tragedia me hizo revisar diferentes factores.

Un día tropecé con una figura que, a través de la historia política fue de oro, fue de plata y fue de cobre. Estaba cubierta con barro; era necesario ponerla al descubierto; y así lo hice, y me encontré frente a Antonio López

⁵⁰ *Ibid.*, pp. 43-44.

⁵¹ *Ibid.*

⁵² *Ibid.*, p. 14.

de Santa Anna. Le miré los ojos, ausculté su corazón, le medí los puños. Dejó de ser para mí la figura de cobre, de plata o de oro, y se convirtió en hombre. Con el hombre comienzo estas páginas y con él también las termino.⁵³

Este libro, señalaba la “Advertencia” a la segunda edición (1951), tuvo como objetivo que “el heroísmo de los soldados mexicanos sirviese de ejemplo y no de burla, y para que estos capítulos fuesen útiles a la enseñanza de un episodio nacional imperecedero”.⁵⁴ Y en la perspectiva de los años —más de tres décadas después de que se publicara la primera edición— el propio Valadés afirmaría que su estudio sobre Santa Anna y la guerra de Texas fue producto de una época: terminado el periodo de las guerras intestinas de nuestros días, México demanda un revisionismo histórico, pues advirtió que no habrían sido posibles las normas de la Revolución Mexicana sin las precedencias jurídicas, sociales y morales de la centuria anterior.⁵⁵

Un siglo de graves desatinos individuales y colectivos no podía ser formativo, dentro de los órdenes positivo y natural, de un acontecimiento trascendental como la Revolución Mexicana que hincó un Estado, dio cuerpo a una nacionalidad, organizó una clase gobernante, transformó la vida rural y motivó la inspiración creadora de México.

De aquí, de esa incompatibilidad que se observaba entre un pasado tenebroso y un presente iluminado, provino un inquisitivo histórico mexicano, que hizo de la cuarta década de nuestro siglo, un laboratorio, escaso de instrumentos científicos, pero abundante en análisis humanos.⁵⁶

La primera edición de la obra (1936), como ya se indicó, provocaría reacciones encontradas, pues mientras mereció el aprecio de Luis González Obregón, en quien despertó “la curiosidad de conocer noticias de Doña Dolores Tosta”, esposa de Santa Anna, para Vasconcelos fue motivo de indignación, dedicando al autor “varios párrafos injuriosos en ese estilo desgarbado que poseía”. Yo —refiere Valadés— “según Vasconcelos, hacía un daño a México ocupándome de Santa Anna, como si para hacer méritos patrióticos sólo valiese la candoridad de la hagiografía”.⁵⁷

⁵³ Valadés, “Antecedentes de la primera edición” [1936], en *México. Santa Anna y la guerra de Texas*, México, Diana, 1979, p. 13.

⁵⁴ Valadés, “Advertencia a la segunda edición” [1951], en *ibid.*, p. 12.

⁵⁵ “Introducción a la tercera edición” [1965], en *ibid.*, p. 7.

⁵⁶ *Ibid.*, p. 8.

⁵⁷ Valadés, *Confesiones de un político* [n. 2], p. 18.

La elaboración de este trabajo había sido ardua y prácticamente solitaria, salvo por el apoyo de varios librereros y amigos. Las dificultades inherentes a la preparación de ésta y otras investigaciones le harían exclamar varias veces: “Sólo yo sé qué de ahorros y qué de desvelos para construir una obra histórica en México”⁵⁸ y lo llevarían a aquilatar el material adquirido con tantos sacrificios: “Cada papel fue para mí, en la época de los esfuerzos, lo que en mi primera cultura había sido —no obstante estar mal traducidos y peor presentados— aquellos manuales de las obras de Cousin, Berkeley y Croce, que me enseñaron a desdeñar lo absoluto para apreciar lo ecléctico”.⁵⁹

Seguramente con menos dificultades para acopiar la información, porque conoció muy de cerca al protagonista principal de su relato, pero enfrentándose a los riesgos que implicaba esta misma circunstancia, Valadés concluyó un pequeño libro intitulado *Rafael Buelna. Las caballerías de la Revolución*, que fue publicado en 1937.

Como en otros textos análogos de nuestro autor, una escena dramática iniciaba el relato: “Con la mitad del cuerpo paralizado; cubierto de lodo y de sangre. abriendo desmesuradamente un ojo; tendido sobre una mesa, en el interior del furgón de carga, a las puertas de la ciudad de Morelia, el general Rafael Buelna sabía que su fin estaba próximo”.⁶⁰

Después el escenario del biografiado se construiría a partir de las características de la región en la que vivió y de su ambiente político, para luego recrear la incorporación de Buelna a la lucha revolucionaria, el triunfo, las responsabilidades públicas que tuvo, el exilio, la nueva revolución, el balance de su vida y de su tiempo:

Si en su carrera militar fue Buelna hombre de grandes energías, demostró un valor sin límites y supo conquistar fama, su carrera política fue deslucida, sin que llegara a realizar ninguno de los pensamientos que en el orden social había hecho gala en 1911 y en 1914. Si el territorio de Tepic y el sur de Sinaloa le habían dado los mejores soldados, éstos no se habían lanzado a la carrera de las armas por ambición militar. Había dolores sociales y económicos que empujaban a la gente a la guerra civil; no era un simple cambio de hombres el anhelado. Esto bien lo sabía Buelna. Sin embargo, engolosinado con el poder, olvidó la esperanza que las mayorías habían puesto en él. Si bien seguía siendo admirado y querido por sus subordinados, en cambio, había perdido la estimación popular que tan visiblemente obtuvo durante la campaña de 1913; había dejado de ser una promesa para quienes,

⁵⁸ *Ibid.*, p. 25.

⁵⁹ *Ibid.*, p. 24.

⁶⁰ Valadés, *Rafael Buelna las caballerías de la revolución* [1937], México, Leega-Júcar, 1984, p. 9.

aunque sin expresarlo como sistema, creían en una transformación beneficiosa para las grandes masas.

En cambio, había logrado la simpatía de la pueblerina aristocracia tepiqueña, que le llamaba “Granito de oro”.⁶¹

Cabe destacar que, en los textos publicados por Valadés bajo el formato de la biografía histórica, el tratamiento que da a los entornos es mucho más que un simple “marco paisajístico”, como se puede advertir en la manera que plantea la situación de Sinaloa antes de la Revolución, y para cuya reconstrucción utilizó la correspondencia de su padre con José Ferrel.⁶² Lo mismo ocurre cuando incluye sugerentes consideraciones acerca de los conflictos entre civiles y militares en el seno de la Convención Soberana, al hablar de la simpatía que Buelna sentía por el general Francisco Villa, “tanto por las glorias militares del guerrillero, como por considerarlo hombre que no llevaba el lastre de las desmedidas ambiciones del poder político de Carranza”, que los jefes revolucionarios veían como herencia del régimen porfirista.

El porfirismo fue causa de que en el país se llegase a sentir odio incontenible hacia el político profesional, hacia el burócrata, y así se explica cómo los generales revolucionarios hubieron de chocar con los elementos civiles a partir de la Junta de la ciudad de México. La formación de un grupo que heredase los privilegios de los “científicos”, era temido por los jefes insurgentes, no pudiendo manifestar este temor en otra forma que excluyendo a los civiles de las directivas políticas de la revolución.⁶³

Además, esta obra, en la que por cierto nuestro autor caracterizó al “guerrillero mexicano” como un tipo social,⁶⁴ contiene una sugerente

⁶¹ *Ibid.*, p. 77.

⁶² “Sin ningún talento político, pero sí con todas las mañas del cacique del siglo XIX, Cañedo logró mantener su dominio, construyendo un orden económico que consistía en el reparto de la riqueza entre un grupo de privilegiados. Los primeros capitales sinaloenses fueron labrados a la sombra del poder público. Era el pequeño cacique pueblerino el poseedor de las mejores tierras; de la posesión de las tierras pasaba al manejo del comercio, por más que este comercio no llegó jamás, durante el régimen cañedista, a dejar de ser subsidiario de los grandes comerciantes alemanes o españoles que se habían establecido en Mazatlán”. *ibid.*, p. 12. Páginas adelante comenta: “La decepción sufrida por los ciudadanos sinaloenses como consecuencia de la imposición de Redo fue inmensa, y esperaron la oportunidad —que no tardaría más que unos cuantos meses— para patentizarla, obligando a Diego Redo a la más ridícula de las fugas”, *ibid.*, p. 18.

⁶³ *Ibid.*, p. 67.

⁶⁴ “El tipo de guerrillero mexicano es el jinete. La caballería durante las revoluciones en México ha sido el arma más importante para las luchas en los campos. Un buen guerrillero deberá ser un buen jinete: de piernas fuertes, de destreza envidiable, de audacia inaudita: el jinete que hoy pone una emboscada, para luego pernoctar en un poblado y dar seguidamente el albaño a una plaza”, *ibid.*, p. 148.

reflexión sobre el género de su escritura, en la que, al mismo tiempo, apunta la pertinencia del sentido integral de la explicación histórica. Así, tras aclarar que el texto se basa en fuentes bibliográficas y que los diálogos contenidos en ella fueron “revisados escrupulosamente por los mismos actores”, afirma:

No es, ciertamente, la biografía la historia. La biografía con no poca frecuencia lleva al escritor o bien a la novela, o bien a la creencia de que una suma de individualizaciones hace la historia. De ambos errores se puede escapar haciendo de la biografía un mero retrato psicológico; pero sin que este retrato quede aislado de un conjunto social y económico; y tal ha sido mi empeño al escribir la de Buelna.⁶⁵

Cuando apareció el libro sobre Buelna, Valadés continuaba cultivando el periodismo de fondo y opinión, a su juicio muy distinto del que se practicaba en la época, pues el sinaloense escribía para romper “leyendas absurdas e injustas sobre la guerra civil”, “modelar con persuasión la idea democrática de la Revolución”⁶⁶ y mantener a los lectores de los periódicos de Lozano “al día de la producción universal”, todo lo cual sólo era posible si, como lo hacía, estaba “leyendo y siempre leyendo”.

Más tarde, incursionaría en el estudio de otro personaje, cuya vida no sólo se alejaba mucho en tiempo de la del “grano de oro” sinaloense, sino que resultaba radicalmente distinto de éste. El producto sería una soberbia biografía: *Alamán, estadista e historiador*, publicada en 1938.⁶⁷ El escritor mazatleco había “descubierto” al controvertido político guanajuatense a través de Vasconcelos, quien trazó a Lucas Alamán “instintivamente”:

El Alamán vasconceliano es el Alamán de la ráfaga cintilante que fulgió sobre el cielo mexicano a mediados del siglo pasado. Vasconcelos inspiróse en el alamanismo, que fue principio de raza, principio de ideas, principio de moral, principio de instituciones [...]

Pero ¿históricamente, era el pensamiento vasconceliano la interpretación justa del alamanismo? [...] Cualquiera que la respuesta fuese, ella invitaba a la investigación, al estudio, al método: tal fue el origen de este trabajo.⁶⁸

Muy lejos estaba nuestro autor del deseo de escribir en razón de la sentencia histórica, pues consideraba que ésta “no existe en el método

⁶⁵ *Ibid.*, p. 7.

⁶⁶ Valadés, *Confesiones de un político* [n. 2], p. 33.

⁶⁷ Valadés, *Alamán, estadista e historiador* [1938], México, UNAM, 1977.

⁶⁸ *Ibid.*, p. xi.

objetivo”; tampoco era su propósito elegir entre “lo apolíneo y lo satánico”. Tratar de recrear ese mundo ya ido era “la guía arquitectónica para una figura que se reconstruye”.⁶⁹ Y, al dar este tratamiento a Lucas Alamán, emergió un personaje de perfiles reciamente mexicanos y universales, en toda su complejidad. En esa aventura lo acompañó como interlocutor Genaro García, acucioso documentalista y estudioso de la Independencia, cuya muerte sobrevino cuando leían juntos las últimas páginas de la que sería la primera biografía moderna del imprescindible historiador y político.

El pasaje inaugural de la obra fue construido con gran acierto. José Cayetano presentó al joven de 18 años, sobrecogido por las desgarradoras escenas que abrieron “la ventana de su conciencia el 30 de septiembre de 1810”,⁷⁰ fecha en la que el “ejército” insurgente irrumpió con una violencia indescriptible en su natal Guanajuato: “Era este Alamán piadoso y místico, rico y noble, talentoso y estudiante, formado en la familia, en la religión, en el Estado, el que abriendo los ojos a la vida iba a contemplar el espectáculo de sangre y fuego que causaría una lesión espiritual para todos los días de su existencia”.⁷¹

Y, tras las primeras imágenes, el autor se remontaría a otra época, estudiando la genealogía de su personaje, y volvería luego a él, para entrelazarlo con los aspectos esenciales de su tiempo histórico. Así, dio cuenta de las lecturas del futuro estadista e historiador, de la amistad que cultivó con el padre Mier y de su desempeño en la vida pública. Además, formuló una brillante refutación dirigida a quienes, valiéndose de argumentos en lugar de apelar a documentos, habían logrado que, a fuerza de repetir una mentira —responsabilizar al guanajuatense de fraguar con Facio y Picaluga la traición que culminó con el asesinato de Guerrero en Acapulco—⁷² adquiriese visos de verdad. La réplica se sustentaba en el conocimiento profundo de su biografiado: ése “no es el Alamán que hemos seguido a través de estas páginas; y un hombre puede engañar en un capítulo de su vida; pero no de su vida entera”.⁷³

Las reflexiones que suscitó la elaboración de este libro, mismas que constituyen una importante pieza en el paulatino acrisolamiento de la concepción valadesiana del quehacer histórico, son ofrecidas por el autor en sus primeras páginas:

⁶⁹ *Ibid.*, p. x

⁷⁰ *Ibid.*, p. 2.

⁷¹ *Ibid.*, p. 33

⁷² *Ibid.*, p. 295.

⁷³ *Ibid.*, p. 297.

Si quien se ocupa de la historia y de la vida de un hombre está obligado a señalar las fuentes que le permitieran hacer resurgir —y no en un sentido de gloria, ni siquiera de valor subjetivo, sino de historicidad— la figura del pasado, obligación tiene también de explicar el porqué del propósito, y en qué medida actuó y qué estado de ánimo alimentaba y por fin, qué método empleó en la tarea.

Por más amor que se tenga a la verdad, por más afán que se emplee en la investigación, por más interés que se consagre al trabajo, interés, afán y amor se pierden cuando el escritor no se coloca en un medio si no de igualdad —¿quién podría hacerlo a un siglo de distancia!—, si de un conjunto de factores equivalentes a los que se dispone a narrar y a interpretar.

Hay que vivir, por horas y por días, un mundo que fue y que ya no es [...] Y si a veces hay necesidad de abandonar al biografiado, es para valorar los instantes de su vida y de su historia.⁷⁴

El estudio de una figura de la talla de Lucas Alamán, inserta en tiempos tan borrascosos, es “prueba de fuego” para cualquier escritor, y Valadés tuvo talento de sobra para abordarla. Además, contó con un amplio repertorio de materiales, entre los que sobresale la autobiografía inédita de don Lucas. Su perseverancia y disciplina en la búsqueda, consulta y compulsión de fuentes dieron solidez y firmeza a la narración.

La obsesión del autor por explicar de manera integral al personaje y a su época y el soporte documental con el que pudo reconstruirlos fueron factores determinantes para que Valadés se consagrara con *Alamán, estadista e historiador* como un virtuoso del género histórico-biográfico.

El mismo año de la aparición de este libro, concibió “la traza” de la investigación sobre el Porfirismo, que habría de publicar entre 1941 y 1948,⁷⁵ y la que tenía proyectado realizar sobre la Revolución Mexicana.⁷⁶

Mientras ambos proyectos se “exornaban”, Valadés haría gala de sus destrezas narrativas y analíticas en otra obra, también pionera en el tema: *Topolobampo*, publicada en 1939 por el Fondo de Cultura Económica, casa editorial, entonces, recientemente establecida en México.

Nuestro autor había escuchado, por vez primera de Max Nettlau, “ilustre historiador del socialismo”, el relato de una singular migración

⁷⁴ *Ibid*, pp. ix-x

⁷⁵ Valadés, *El porfirismo. historia de un régimen El crecimiento*. I [1948]. México, UNAM, 1977, p. xvii

⁷⁶ Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana*, México, Manuel Quesada Brandi, 1963-1965, 9 tomos, tomo I, p. i. Agradezco al maestro Álvaro Marín Marín por haberme facilitado la consulta de esta primera edición.

hacia aquella ciudad, situada en la región norte de Sinaloa; más tarde, cuando estuvo en California, entre 1928 y 1929, empezó a madurar el asunto; posteriormente, se publicó parte de la investigación en *Tiempos nuevos* de Barcelona y en *La opinión* de Los Ángeles. Estos primeros textos fueron leídos por Aurelio Manrique y Andrés Molina Enríquez, quienes lo animaron para que les diera forma de libro. Sin embargo, habiendo perdido parte de la información, no lo hizo sino hasta que Jorge Flores D. lo obligó “a rehacerlos, utilizando los nuevos documentos sobre la materia”, llegados a sus manos “gracias a la gentileza de don Eduardo Hay”.⁷⁷

Nuevamente, como en los casos de las biografías de Buelna y Alamán, la “obertura” de la historia se proponía cautivar al lector:

Con los corazones henchidos de emoción, con las miradas fijas hacia babor; ansiosos de descubrir la tierra prometida, hacinados de proa a popa del barco a bordo del cual hacía tres meses que habían partido de Nueva York, los hombres, las mujeres y los niños que van a levantar la Ciudad de la Paz —la Metrópoli Socialista de Occidente— ven desfilar la costa de Sinaloa.⁷⁸

Presentado “el caso”, Valadés prosigue con los elementos que le daban sentido. Describe así el proyecto de Albert K. Owen, “un hombre lleno de ilusiones” que pensaba y anhelaba “una sociedad mejor; que había recorrido varios países buscando un sitio en donde poder realizar la dicha propia y la ajena”, convencido, finalmente, de que Topolobampo sería “el nuevo paraíso”.⁷⁹

Atento siempre a las razones y perfiles de acontecimientos y protagonistas, repasó cuidadosamente la trayectoria e ideas del artifice “del ensueño” —Albert K. Owen— oriundo de Pennsylvania, quien de niño vivió en la colonia New Harmony, fundada por el inglés Robert Owen, reputado como padre de los socialistas utópicos.

¡A cuántas reflexiones invita la carta de Owen! Era aquel mundo —el mundo de los tres primeros decenios del siglo XIX— el temeroso que penetraba en la era del maquinismo; el que escuchaba, atónito, lo mismo a la escuela manchesteriana que a las proposiciones democráticas; el que asistía a la conversión del híbrido enciclopedismo en el estupefaciente romántico; el que comenzaba a valorar al hombre, a la sociedad; el que, en fin, iba de ensueño en ensueño.⁸⁰

⁷⁷ Valadés, *Topolobampo, la Metrópoli Socialista de Occidente (apuntes para la historia de la ciudad de La Paz)*, México, FCE, 1939, p. 10.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 11.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 12.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 30.

También recapituló acerca de las ideas de los utopistas del siglo XIX (Tomas Spence, Robert Owen, Victor Considerant, Michael Flurschheim, Aquiles Collin, Plotino C. Rhodakanaty, este último, “hombre culto, inteligente, que dejó en México la primera obra fourierista y la primera traducción de Proudhon”), quienes vieron en el territorio mexicano e incluso antes de la Independencia, en el del virreinato novohispano, un lugar ideal para la fundación de colonias agrícolas y nuevas ciudades.⁸¹

Y después de seguir el penoso recorrido de los colonos, narraría el derrumbe de la empresa, siguiendo a Derril Hope, quien atribuyó el fracaso a que faltaron entendimiento entre sus integrantes, buena administración y previsión, valor de los organizadores para resistir los ataques que recibieron y conocimiento de los medios de vida de la mayoría de los emigrantes. “La Ciudad de la Paz había sido un costoso ensueño para las gentes de las tierras de la nieve y de la bruma, que habían llegado a Topolobampo en busca del sol tropical, de la dicha, de la tranquilidad y del bienestar humano”.⁸²

Hacia los años cuarenta, cuando José C. Valadés tenía a su cargo la sección política de la revista *Hoy*, atendió la invitación que le hizo Ezequiel Padilla, titular de la Secretaría de Relaciones Exteriores, para que fungiese como su secretario particular. Tan importante como esta responsabilidad fue, para nuestro autor, la posibilidad que tuvo de consultar “un arsenal tan precioso como el archivo del ministerio y una biblioteca espléndida”.⁸³ También entonces, por la cercanía que tuvo con Gildardo Magaña, se le presentó la ocasión de manejar “su colección de documentos del zapatismo”.⁸⁴

Mientras José Cayetano exploraba ávidamente las fuentes históricas, ganaba agudeza su capacidad de observación del medio político en el que se desenvolvía, de tal manera que el análisis de aquéllas le permitía ponderar adecuadamente éste, como lo atestiguan algunas de sus apreciaciones de entonces:

Jurídicamente las decisiones de Cárdenas parecieron desorbitadas; pero es que en el Presidente había no sólo un Presidente, sino un revolucionario que produjo hondas transformaciones en el país sin haber causado derramamiento de sangre. México debe tener siempre la templanza de los grandes

⁸¹ *Ibid*, pp. 12-13.

⁸² *Ibid.*, p. 62.

⁸³ Valadés, *Confesiones de un político* [n. 2], p. 79.

⁸⁴ *Ibid.*, p. 34.

pueblos para juzgar a Cárdenas, superando las censuras de superficie de que fue objeto.⁸⁵

Al iniciar la cuarta década de su vida, para Valadés el estudio del pasado y el análisis de los problemas del presente eran ya indisociables.

4. *Figuras y procesos emblemáticos*

DESPUÉS de varios años y con grandes esfuerzos, cuando publicó en 1941 el primero de los tres tomos que dedicó al Porfirismo, nuestro autor logró dar cima a un antiguo proyecto, acariciado por él durante casi un lustro. Los obstáculos que hubo de vencer para ello fueron muchos: desde su “cortedad económica”, la escasez y costo de los libros y folletos de la época, la dispersión de miles de documentos que debía reproducir, hasta el título que llevaría la obra, “sugerido con vehemencia” por su editor, Porrúa Turanzas, y que le parecía inadecuado porque “ese espinazo de la vida mexicana, no fue precisamente porfirista”.⁸⁶

El historiador sinaloense había emprendido esa magna tarea, consciente de que, por existir muchas historias particulares de los estados, de la cultura, lo religioso y lo económico, “requería acudir a las fuentes originales, ya que de lo contrario estaba expuesto a incurrir en la repetición de las falsedades de don Francisco Bulnes o de las acrimonias de don José López Portillo y Rojas o en la veleidosaretórica de don Justo Sierra”.⁸⁷ Porrúa Turanzas puso a su disposición escritos e impresos de su librería y lo apoyó con recursos pecuniarios para los viajes que demandaba la propia investigación.

Valadés se volvió un sabueso de la literatura porfiriana:

Así vinieron a mi poder una buena porción de obras de la biblioteca de don Ignacio Mariscal y manuscritos de don Rosendo Pineda, don Isidoro de la Torre, don Ramón Corral, don Francisco León de la Barra, don Lorenzo Elizaga, don Enrique C. Creel.

Llenáronse los estantes de mi biblioteca con los volúmenes de los informes sobre las rentas públicas federales y Estados [*sic*], de ministros y gobernadores, y con un sinnúmero de opúsculos sobre pleitos judiciales, biografías y aventurillas propias de los tiempos, así como de composiciones de traviesos poetas y de discursos graciosos [...] Un mueblista que en el mercado de La Lagunilla se hizo rico especulando con cuanto remataban las

⁸⁶ *Ibid.*, p. 27.

⁸⁷ *Ibid.*

familias del porfirismo venidas a menos, era el principal de mis proveedores de libros.⁸⁸

Fue de gran valía para su trabajo el “arsenal de anécdotas” aportado por el doctor Leopoldo Escobar, quien además, conociendo a “toda la gente que ha descollado en la vida mexicana”, lo puso en contacto con personalidades del “viejo régimen”, de tal manera que —refiere Valadés— llegó a “Raúl Dehesa —a quien tantos documentos históricos debí—, al coronel Porfirio Díaz y a doña Carmen Romero Rubio”.

Si los estudios biográficos sobre Buena y Alamán ejercitaron al escritor sinaloense en el desciframiento de las personalidades y el de Topolobampo lo puso frente a una aventura cuyo impulso era consumir un sueño, el estudio de los tiempos porfirianos confirmó su certeza de que la búsqueda de las interrelaciones de los acontecimientos era indispensable para construir adecuadamente la explicación histórica y, en sus términos, hacer una historia “verdadera”.

Sin duda, en ese tiempo, no era tarea sencilla estudiar el Porfirismo sin convertirse en su panegirista tardío, lo cual no era imposible por la fundada crítica que se podía hacer entonces al desempeño de los regímenes revolucionarios. Sin embargo, tampoco lo era remover el esquema convencional del discurso de la Revolución, que había fraguado y acrecentado la “leyenda negra” acerca de esa época. Pero si Valadés logró un tratamiento equilibrado de un periodo tan complejo no fue tan sólo por el rico material que había logrado acopiar, sino por su cercanía con los escenarios políticos. Difícilmente podrían aceptarse a la luz de aquél, como solía afirmarse en los medios oficiales, diferencias radicales entre ambos momentos históricos, cuando eran perceptibles sus semejanzas estructurales y sobraban evidencias de que los “herederos de la Revolución” emulaban las peores prácticas porfirianas y —como en aquel tiempo— las componendas y la corrupción, que tanto había criticado aquélla, permanecían en “los pasillos del poder”.

La fortuna que tuvo el libro, por lo menos en sus inicios, no se correspondía con el esfuerzo de rigor y análisis que puso en juego su autor para realizarlo. Editado ya el primer tomo del Porfirismo, a iniciativa de Ezequiel Padilla se llevó a cabo una reunión de intelectuales para presentarlo. El momento y la posición política de quien auspició el evento dieron pie a críticas que se lanzaron a la obra, por razones extrínsecas a la misma. Al respecto, recuerda Valadés: “Se me llamó teorizante del neoporfirismo [...] que mi propósito conducía a crear un ambiente

⁸⁸ *Ibid.*, p. 28.

conveniente a un futuro político. Luego los zurdos de entendimiento llegaron a esta conclusión: mis trabajos sobre Santa Anna, Alamán y Díaz revelaban que yo pertenecía al bando contrarrevolucionario”.⁸⁹

La ligereza y superficialidad con la que fue juzgado el texto del historiador sinaloense le dieron nuevos argumentos para perseverar en su empeño de investigar el pasado.

Si a lo pretérito sólo se le quiere dar los extremos del odio o del ditirambo, no habrá cómo formar juicios; y en tanto no hagamos juicios de nuestra historia, no estaremos en la posibilidad de crear una conciencia mexicana. Encadenar a un régimen, como el porfirista, únicamente a los vocablos “tiranía” y “privilegio”, es tanto como reducir a polvo todas las manifestaciones de vida de un pueblo [...] Y los tres tiempos de la historia —qué, por qué y cómo— serían aplastados por la ilegalidad e inconsecuentes conveniencias de partidos, que siempre posponen los más elevados intereses patrióticos.

Sin penetrar en el régimen porfirista, ¿cómo escribir la historia de la Revolución?⁹⁰

Valadés estaba convencido de que “derivando la historia del régimen porfirista a la proyectada de la Revolución, ni el mundo oficial tenebroso y faccional ni el otro mundo—el de los sistemáticos censores del progreso mexicano— tendrían las armas para desvirtuar la realidad histórica de medio siglo de vida nacional”.⁹¹

En el “Prefacio” del primer tomo de esta obra aparecen, claramente expuestas por el autor, las tesis centrales de su trabajo que, en ese tiempo, significaron un vuelco respecto de la visión convencional del pasado “reciente”, sobre todo en lo que concierne a la caracterización que hizo del “Porfirismo” como un “régimen”, argumentando para ello que había “dado a México un modo de existir, dentro y al margen del Estado”.⁹²

Además, indicó ahí las consideraciones tomadas en cuenta para la periodización de la obra, emanada de la propia “morfología” del régimen, por una parte y, por otra, en razón de los grandes huecos informativos que existían en cualesquiera de sus aspectos, de tal manera que eligió el único camino que ofrecía continuidad para “llevar del antecedente a la conclusión”.⁹³ Nuestro autor describía así, en líneas generales pero

⁸⁹ *Ibid.*, p. 124.

⁹⁰ *Ibid.*, p. 125.

⁹¹ *Ibid.*, p. 51.

⁹² Valadés. *El porfirismo: historia de un régimen. El nacimiento (1876-1884)* [1941], México, UNAM, 1977, p. xviii.

⁹³ *Ibid.*

no por ello poco elocuentes, su trabajo: abordaría en el primer tomo el nacimiento del régimen, “no sólo a través de la historia del Estado, sino en todo lo que se relaciona con los sucesos de la vida del individuo y de la sociedad”, mientras que en el segundo, “ordenando los elementos” se habría de “seguir el compás espiritual y material de una vida que esplende y que madura hasta formar un modo de existencia”. Finalmente, el tercero comprendería “los días de la decadencia, los días en que afirmando la existencia del Estado, el gobernante empírico fue sustituido por quienes intentaron una autoridad científica, en medio de una sociedad que no sabía o no podía saber de un modo de independencia política”.⁹⁴ Planeaba cerrar el tercer volumen con el Centenario de la Independencia política de México, esperando poder continuarlo algún día con la historia de la Revolución, “complemento indiscutible de la vida de un régimen comenzado a delinearse en los sucesos de 1876”.⁹⁵

La complejidad de la estructura—en parte reflejo de lo intrincado del tema—, un lenguaje que a veces resulta rebuscado, además del estigma antirrevolucionario que se le atribuyó, fueron, en su momento, razones para que esta obra—hoy referencia imprescindible en las investigaciones especializadas en el campo—no tuviese una mejor acogida.

Entre la publicación del primer tomo del Porfirismo y los subsiguientes, que aparecieron en 1948, Valadés se acercó a otros asuntos históricos. Su “afán por la verdad” lo llevó a interesarse en “conocer documentalmente a todos los partidos exterior e interiormente; a penetrar en sus hombres, a examinar las sentencias de sus tiempos para saber qué de justicia y qué de falsedad encontraba”.⁹⁶ En particular contribuyeron a ello las revisiones que hizo de los acervos documentales de la cancillería. Concibió, entonces, el proyecto de escribir “las biografías del conservadurismo: José María Gutiérrez de Estrada, Francisco Javier Miranda e Ignacio Aguilar y Marocho. ¿Por qué no ocuparme de los antimexicanos?”, se preguntaba entonces,⁹⁷ decidido a esclarecer episodios históricos que permanecían secuestrados en el ámbito de la disputa política.

Muy cerca de la época en la que Valadés dejó de colaborar con Padilla y después de que terminó la biografía de Gutiérrez de Estrada, reincorporado ya a la actividad periodística, concluyó la historia de la vida de Ricardo Flores Magón—un viejo proyecto— parte de la cual

⁹⁴ *Ibid.*, p. xix.

⁹⁵ *Ibid.*

⁹⁶ Valadés, *Confesiones de un político* [n. 2], p. 125.

⁹⁷ *Ibid.*

publicó la revista *Todo*.⁹⁸ Para estudiar a este personaje, admirado por el autor desde la juventud, contó con abundantes materiales recopilados a lo largo de varios años: documentos, manuscritos, procesos seguidos a los Flores Magón en el condado de Los Ángeles, documentos de Villarreal, Sarabia, Ramón Corral, Enrique Creel, Librado Rivera, “poeta de la rebelión romántica”, y de Praxedis Guerrero, originales autobiográficos, anécdotas etcétera.⁹⁹

Finalmente, *El joven Ricardo Flores Magón* fue publicado en 1942. Llevar a término este proyecto significó transitar por un terreno casi virgen. Entonces, la única composición biográfica sobre Ricardo era el trabajo de Diego Abad de Santillán, escritor español que la realizó con el deliberado propósito de rendir homenaje al oaxaqueño y que, si bien fue un punto de referencia importante para Valadés, obedecía a razones muy distintas de las que animaron al escritor sinaloense para dar a luz su texto: “Este trabajo no es el resultado de un motivo o de un interés momentáneo; no es tampoco consecuencia de un plan premeditado de investigación y de composición. Aparece por un desbordamiento documental, y como un sencillo deseo de llegar a un ajuste de cuentas comenzado hace largos años”.¹⁰⁰

A pesar de que José Cayetano disponía de vivencias personales para iniciar esta biografía, como en el caso de la de Buelna, con un momento dramático—el de la muerte—,¹⁰¹ eligió el del punto de partida, quizá porque no resistió poner de manifiesto una sugerente coincidencia: “En un pueblo de mil seiscientos habitantes, situado en la tierra magnífica entre la costa y el altiplano, el 16 de septiembre de 1864 [*sic*] había dos fiestas: una la de todos los mexicanos; otra la de los esposos Flores. Un niño, a quien desde luego dieron por nombre Ricardo, había llegado ese día al mundo”.¹⁰²

En este texto, al igual que en sus anteriores trabajos de corte biográfico, prevalece el propósito de construir un relato realista. Así, por ejemplo, lejos de rehuir lo que Jesús Flores Magón llamó los años borrascosos de su hermano Ricardo, encuentra en ellos las razones más profundas de la terca militancia del oaxaqueño: la herida que le

⁹⁸ *Ibid.*

⁹⁹ *Ibid.*, p. 126.

¹⁰⁰ Valadés, *El joven Ricardo Flores Magón* [1942], México, Extemporáneos/Información Obrera, 1983, p. 7. Agradezco al doctor Javier Torres Parés por haberme facilitado esta pequeña obra, así como sus apreciaciones acerca de la misma.

¹⁰¹ Por encargo de la Confederación General de Trabajadores, José C. Valadés recibió el cadáver de Ricardo Flores Magón, procedente de la prisión de Leavenworth, Estados Unidos, donde había muerto.

¹⁰² Valadés, *El joven Ricardo Flores Magón* [n. 100], p. 9.

causó entonces conocer “un panorama siniestro de un México oscuro y satánico” produjo lo que podrá llamarse “proletarización” de su pensamiento y su corazón, “si es que corazón y pensamiento no tienen un vuelo sobre las manifestaciones de clase”.¹⁰³

El “ajuste de cuentas” que, según Valadés, implicó la publicación de esta obra, radicaba en que, a su juicio, México merecía conocer una figura de la relevancia que tuvo Ricardo, un hombre que poseía “todas las características de lo heroico”.¹⁰⁴ El estudio de la vida del director del periódico *Regeneración* aportó al relato elementos tan dramáticos y contrastantes que actuaban —casi por sí solos— como argumentos rotundos para demostrar la inexistencia de la bondad o maldad absolutos. En este punto, la cercanía de nuestro autor con Nietzsche es patente: consideraba los vicios como parte de la naturaleza humana y, esencia de ésta, la posibilidad de superarlos, de tal manera que, al presentar a su personaje inserto en el medio familiar o el escenario de sus mocedades, Valadés pudo explicar y comprender el complejo mecanismo que se dio para que emergiera el luchador social.

Es posible que a la misma época corresponda la elaboración de un extraordinario relato, *Porfirio Díaz contra el gran poder de Dios: las rebeliones de Tomóchic y Temosachic*, publicado póstumamente y cuyos aspectos esenciales, más tarde, quedaron incorporados en el tomo dedicado al “Crecimiento” del Porfirismo.¹⁰⁵ Si bien la versión final debió de haber sido concluida por nuestro autor a mediados de la década de los cuarenta, había obtenido los primeros materiales para su elaboración seis años antes, en Álamos, Sonora. Una de sus principales fuentes fue la novela de Heriberto Frías *Tomóchic*, a la que atribuyó “un alto valor documental”, pues el periodista y soldado —viejo conocido suyo— vivió tan hondamente aquella guerra, “que pudo producir la obra más elocuente y la más justa y humana también— que escritor mexicano alguno haya producido hasta los primeros años del siglo actual”.¹⁰⁶

Como en el caso de sus obras anteriores, Valadés empieza por presentar la dimensión dramática del asunto:

¹⁰³ *Ibid.*, p. 18.

¹⁰⁴ *Ibid.*, p. 8.

¹⁰⁵ Véase Valadés, *El Porfirismo. El crecimiento*, I [n. 75], pp. 92, 93, 99 y 100; y Valadés, *El Porfirismo. historia de un régimen. El crecimiento*, II [1948], México, UNAM, 1977, pp. 185-186.

¹⁰⁶ Valadés, *Porfirio Díaz contra el gran poder de Dios. las rebeliones de Tomochic y Temosachic*, México, Leega/Júcar, 1985, pp. 6-7.

Una viva conmoción sacudió por los ochentas a los pueblos del noroeste de México; una extraña mujer a la que se atribuían milagrosas curaciones y cuya vida era elevada hasta la santidad, era la causa de esa conmoción [...] Inspiradora de un fanatismo que rayó en locura, Teresa Urrea llevó a los pueblos a la guerra —a una guerra única en su origen, única en su fin, en toda la historia del país.

Y no sólo logró Teresa Urrea llevar a los pueblos a una guerra religiosa, sino que permitió que en medio de esa guerra progresaran y se manifestaran los primeros gérmenes de una rebelión política de la que fue inspirador un hombre casi ignorado en la historia de las batallas, que culminaron con la caída de uno de los regímenes más fuertes que han existido en México: el ingeniero Lauro Aguirre.¹⁰⁷

Gracias a la valiosa documentación que llegó a sus manos pudo escribir estos apuntes históricos, que a veces tendrán un sabor novelesco; y es que la vida de Teresa Urrea y lo sucedido en torno de ella fue tan extraordinario, que sólo frente a los documentos que van hablando de hechos consumados, que van retratando a los personas que en ellos intervinieron, es como se va conociendo la verdad y penetrándose en la realidad.¹⁰⁸

Una vez más, José Cayetano hacía eje de su relato el tratamiento integral de personas e ideas: la prosapia de Teresa Urrea, la génesis y el desarrollo de la leyenda, así como las ideas que profesaba uno de sus principales promotores, Lauro Aguirre, cuya inclinación espiritista destaca en razón de la importancia que tuvo esta tendencia en la época y que Valadés conoció muy de cerca en su juventud:

El espiritismo fue en México para unos la revelación y para otros el entretenimiento de fin de siglo. Las crónicas de sociedad, siempre tan curiosas porque mucho enseñan de las costumbres de una época, cuentan cómo lo mismo en la capital de la República que en las provincias, no había tertulia en la que no se hicieran experimentos de magnetismo e hipnotismo.

Los mismos hombres que habían sido introductores del positivismo en México discutían con calor, ante las asombradas damas, las causas de aquellos “fenómenos” tratando de dilucidar si el espiritismo era o no una ciencia o acaso la ciencia misma.¹⁰⁹

Pero también abordó los escenarios geográficos y económicos para explicar la rebeldía. Así, refiere que la Sierra Madre Occidental había

¹⁰⁷ *Ibid.*, pp. 5-6.

¹⁰⁸ *Ibid.*, p. 6.

¹⁰⁹ *Ibid.*, p. 20.

sido punto de atracción para gambusinos y empresas mineras, aludiendo al hecho de que —iniciada en los últimos lustros del siglo XIX una transformación en los sistemas de explotación agrícola— México estaba a las puertas de una revolución fiscal, en medio de una de sus más hondas crisis económicas.

Limantour llega a realizar una tarea que nadie más, antes que él, había osado realizar; es entonces cuando se lleva a cabo la centralización fiscal; cuando el caciquismo pierde su poder económico [...] es de los noventa la creación de un Estado económicamente omnipotente, que va dejando en la miseria a las provincias y que al fin, es una de las causas primeras para provocar la revolución de 1910.¹¹⁰

Y con estos elementos, que Valadés pone ante el lector, no sólo es posible comprender la lógica del levantamiento, sino seguirlo paso a paso, comenzando con las actividades de Teresa Urrea y continuando con la disposición dictada por el gobierno federal para que las tierras y los bosques en la región del pueblo de Tomóchic pasasen a poder de empresas mineras, y al de una compañía agrícola de Chihuahua, las otras.¹¹¹

En este relato, el escritor se mueve con destreza entre tiempos y planos diversos, porque ha encontrado los “filamentos” que los unen. Así, pudo advertir que la resistencia de los pobladores de la región al despojo y el asentimiento de Teresa para que iniciaran un levantamiento los pusieron en el camino de la guerra. “Los tomoches, a los grtos de ‘Viva la Santa de Cabora’, ‘Viva el Poder de Dios’ y ‘Mueran los herejes’ se arrojaron temerarios sobre el enemigo”.¹¹²

Nuestro autor consideró las diversas aristas del asunto, para calibrar la magnitud y carácter de la rebelión y para concluir que a aquellos hombres “que hacían vida de paz, los sublevó el gobierno en unos cuantos días. Las tierras que poseían desde antes de la independencia les eran arrebatadas”.¹¹³ Y, finalmente, en el ánimo de redondear el tema, Valadés prosigue su relato hasta que la figura de la “santa” se disipa, quedando convertida en un ser “terrenal”. El derrumbe del mito —o si se quiere, del ensueño como en Topolobampo— en nada disminúa el significado del asunto:

Despojada de todas sus supercherías, leyendas y fanatismo que sus hechos de neurótica provocaron, la vida de Teresa Urrea está llena de interés, de

¹¹⁰ *Ibid.*, pp. 65-66.

¹¹¹ *Ibid.*, p. 25.

¹¹² *Ibid.*, p. 39.

¹¹³ *Ibid.*, p. 26.

realismo: tiene ella un alto sentido humano que hace exaltar las pasiones de los bravos montañeses que, como los de Tomóchic y Temosachic, no sabían de más ley ni más autoridad que la religiosa.¹¹⁴

Pero Valadés haría una aportación más en este pequeño texto, cuando insistió en la conveniencia de echar una “ojeada a la historia mexicana de los noventa”, pues ésta permitiría saber cómo y por qué “se desarrollaron los sucesos sangrientos de Yucatán, de Oaxaca, de Guerrero, de Hidalgo, de México”, tal como él lo hizo en el caso de la Sierra Madre Occidental.

El escritor sinaloense adquirió plenitud como historiador con trabajos como los que se aluden en este apartado, al romper las fronteras entre los géneros, al construir nuevas tramas explicativas y al aplicar con amplitud el principio de la conexividad, características que se hacen patentes también en el resto de los tomos dedicados al Porfirismo, publicados hasta 1948. Vale la pena señalar que si bien el tiempo que transcurrió entre la publicación de uno y otros explicaría algunos matices en las apreciaciones del autor y ciertos ajustes en el plan de la obra, a lo largo de ésta se mantiene el principio de la conexividad histórica, cuya aplicación resultó particularmente fructífera para el tema. En efecto, al conjugar los aspectos económicos, políticos, sociales, culturales, tanto del centro del país como de los estados, e incluso incorporar el panorama internacional, fundamental para comprender la complejidad de la época, los tiempos “porfirianos” aparecieron bajo un enfoque novedoso. El énfasis que puso Valadés en la articulación de los poderes locales y los de la federación, así como en la dinámica interna de los primeros, lo acreditan como pionero de los estudios regionales de esa época, en los que, por cierto, hoy confluye un importante número de investigaciones académicas.

5. “Rever” la historia

Los múltiples y aparentemente diversificados intereses de José C. Valadés respondían, en realidad, a una lógica asombrosa, pues estaba convencido de que era necesario “rever nuestra historia”, no tanto “porque se busquen o se encuentren capítulos novedosos, cuanto por aprovechar los progresos de la investigación y pensamiento nacionales en el estudio de la verdad y realidad de lo mexicano”.¹¹⁵

¹¹⁴ *Ibid.*, p. 101.

¹¹⁵ Valadés, *Breviario de historia de México* [1949], en José C. Valadés, *Obras*, prólogo y advertencia de Ernesto de la Torre Villar, México, Siglo xxi, 1992, p. 3.

La historia en sí —y de otra manera dejaría de ser eje de la verdad y realidad— es el incesante volver a *ver* las cosas y pensamientos. Así, pues, no destruye hechos, los aprovecha; no niega ideas, las dilucida; no desustancia hombres, los reúne; no aprisiona sociedades, las estudia. Quiere ser una deontología patriótica. Si la nuestra no lo es, cúlpese a quienes la inficionaron de exotismos.¹¹⁶

Parte importante de sus apreciaciones acerca de la manera como debía llevar a cabo esa “re-visión” se encuentran contenidas en su *Breviario de historia de México*, texto presentado bajo la modalidad de “diálogo” y cuyo objetivo original no era sacar sus páginas “al público, sino a fin de servir al estudio de la historia de México entre dos amigos”,¹¹⁷ finalmente dichas conversaciones fueron editadas bajo el sello de la Editorial Patria, en 1949.

Desde las deformaciones a la historia americana hechas por Pedro Mártir, no han cesado los empeños en dilatar las judicaturas extranjerizantes, ya literarias, ya económicas, ya políticas, en el curso de la historia de México, con lo cual en vez de alcanzar el conocimiento de nuestras cosas materiales y espirituales, hemos caído en el error de creernos débiles e infortunados, cerreros y perezosos [...] Entendamos, pues, que el historiador mexicano debe cerrar las ventanas de su conciencia a las erudiciones extranjeristas, para perseguir incansablemente todos los signos de la naturaleza nacional que constituyen en la verdad de la realidad las culturas patrias.¹¹⁸

Esta pequeña obra, que como muchas de las de Valadés ameritaría un estudio específico —mismo que quizá permitiría identificar a sus interlocutores— refleja algunos de los puntos fundamentales del debate historiográfico de la época. A lo largo del singular intercambio de ideas desfilan figuras (Alamán, Mier, Mora, Juárez etc.) y procesos, particularmente del siglo XIX mexicano, aunque permeados por algunos de los problemas políticos que vibran en el momento de su escritura.

“Eulogio”, “Julián”, “Isidoro” y “Aurelio”, participantes de la conversación, simbolizan diversas posiciones acerca de personajes, épocas y modos de estudiar y percibir el pasado. El primero, que lleva a la discusión las ideas de Valadés, secundado por el tercero, refuta las apreciaciones que sostienen “Julián” y “Aurelio”.

Así, por ejemplo, se hace presente la controversia entre quienes consideraban que los movimientos sociales en el país no eran sino el efecto de aquellos gestados en otras latitudes y, en particular, se alude

¹¹⁶ *Ibid.*, p. 8.

¹¹⁷ *Ibid.*, p. 3.

¹¹⁸ *Ibid.*

al peso excesivo atribuido a la Revolución Francesa como explicación central de los movimientos independentistas. Era pues urgente volver a ver la historia, sin que ello significara la pretensión de “la primicia” en su escritura, entre otras, por dos razones: la primera, que establece la necesidad de la compulsión documental antigua o moderna; esto es, de la incluida en obras generales o particulares y la inédita o impresa, pero menospreciada o ignorada por los historiadores. La segunda, que manda a una nacionalidad deshacer la simbiosis histórica para determinar los organismos propios de la nación.¹¹⁹

A lo largo de los sugerentes debates que se comentan, reaparece continuamente la tesis expresada por “Eulogio” (Valadés), relativa al sentido integral del conocimiento histórico: “Separando la historia del hombre de la historia de la sociedad faltará lo comparativo, lo individual, lo inductivo y por fin lo concluyente”.¹²⁰

Una y otra vez, también, “Eulogio”, seguido por “Isidoro”, refutaba las posiciones de sus interlocutores, sosteniendo que era imprescindible mirar las distintas facetas, momentos y aspectos de los fenómenos históricos, para comprenderlos cabalmente:

Será indispensable que estas descripciones y compulsas no queden como asuntos históricos dispersos; porque aparte de darles trabazón entre sí, es necesario conducirlos al enlace de las épocas, para comprender cómo son los adelantos de la civilización y cuáles los progresos de la cultura, ya en lo que respecta al individuo, ya en lo que hace a la nación.¹²¹

Reunir y estructurar continuamente las reflexiones cosechadas a lo largo de las numerosas experiencias que le dejaron sus investigaciones, el ejercicio periodístico y las incursiones en la política —no pocas veces con amargos resultados— dieron una agilidad inigualable al quehacer histórico de Valadés y congruencia a sus posiciones. Así lo denota su “Carta a la Democracia”, publicada en los días de la malograda candidatura de Miguel Henríquez Guzmán y que —en palabras de nuestro autor, que entonces frisaba el medio siglo de vida— abrió “un nuevo capítulo” en su existencia, pues le había permitido identificarse con los mexicanos opuestos al sistema de una mera “confirmación electoral” del candidato nombrado por el presidente de la república.

Consideré eso sí, que la *Carta* significaba el preámbulo de un libro político [...] En el desconocimiento de la profesionalidad política, en los ensueños

¹¹⁹ *Ibid.*, p. 9.

¹²⁰ *Ibid.*, p. 5.

¹²¹ *Ibid.*, p. 39.

de una democracia acariciada desde mi tierna edad, llevado por la ingenuidad de quienes consideran que con mitines y discursos harán cambiar la tradición política nacional, pensé que el texto de ese libro consistía en la organización de un partido político opositor del Nacional Revolucionario o de la Revolución Mexicana como fue llamado después.¹²²

El proyecto no se concretó, según sugiere el propio Valadés, por desacuerdos internos, en buena medida responsabilidad de Henríquez.

Este tipo de experiencias, y muchos datos más de la vida política mexicana, acentuaban el pesimismo y hacían crecer preocupaciones e interrogantes acerca de las razones que impedían a México gozar de plenitud democrática. Así lo conversaron alguna vez Francisco J. Múgica y Valadés, quienes habían estado en trincheras políticas opuestas cuando Antonio I. Villarreal fue candidato a la presidencia de la República. Ambos coincidían en que la falta de conocimiento, poca claridad y distorsiones del proceso revolucionario eran factores determinantes para ello. Ciertamente, como lo expresó Valadés, “no había hacia aquellos días una historia de la Revolución con capacidad de crear conciencia” y “el tejido fabricado por el pasado se iba deshilando poco a poco”.¹²³ Estas reflexiones darían nuevamente preeminencia a su propósito de llevar a buen fin la obra que había proyectado escribir sobre la Revolución. Y la emprendería, de algún modo, con la biografía de su iniciador, publicada en 1960 por la Antigua Librería Robredo, con el título: *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero*.¹²⁴

Nuestro autor utilizaría la estrategia narrativa que en otros casos había resultado eficaz. De este modo intentó analizar, de manera integral, al hombre de Coahuila y, valiéndose de un extraordinario bagaje documental, escudriñó tanto su imaginación como la realidad a la que ésta hubo de enfrentarse. La obra arranca con los orígenes familiares, prosigue con el estudio de la manera cómo se va moldeando el pensamiento del agricultor norteño y aborda sus primeras experiencias políticas, para situarlo en el escenario del inicio de la Revolución y después en el de la presidencia.

Cabe señalar que en este caso, como lo indica el título —por cierto, poco afortunado y quizá un tanto equívoco— el eje que guía el relato es la interacción que se produce entre la propuesta política construida racionalmente y la realidad en la que difícilmente se puede engarzar. La estrategia explicativa, atinadamente seleccionada en razón del tema,

¹²² Valadés. *Confesiones de un político* [n. 2], pp. 211-212.

¹²³ *Ibid.*, p. 221.

¹²⁴ Valadés. *Imaginación y realidad de Francisco I. Madero* [1960]. en *Obras* [n. 115], pp. 279-578.

permitió a Valadés identificar claves para comprender no sólo el derrumbe del régimen por la acción de los revolucionarios, sino en razón de sus propias debilidades. Así, por ejemplo, afirmó que, “durante treinta años, como consecuencia de la sórdida rutina impuesta por el porfirismo, los políticos y los aficionados a la política dejaron de ser imaginativos y con esto fueron parte de la mecánica que constituía la gloria de don Porfirio”.¹²⁵

Valadés arribaría al difícil terreno del balance histórico, por demás complejo, tratándose de Francisco I. Madero, personaje siempre controvertido. Sin embargo, al igual que en otras obras, nuestro autor lograría agudos juicios del individuo y su época, particularmente al ponderar el momento en que el iniciador de la Revolución de 1910 había “dejado de ser héroe popular para convertirse en gobernante”:

La hazaña casi fabulosa de 1910 ha dado a Madero la autoridad que sólo se gana cuando el individuo llega a la madurez de la razón y del pensamiento. Quizá por ser, pues, fruto precoz y porque las huellas del mando porfirista estaban todavía frescas, fue por lo cual la república no creyó en el gobierno de Madero con la espontaneidad con que creyó en el triunfo del maderismo.

Madero no llegaba al poder con una “nueva” política; pues debió saber que en el arte de mandar a los hombres, como en la ciencia de gobernar a los estados, no hay principios novedosos. La idea del mando y gobierno de los hombres es, en sí, inmutable. Lo que Madero aportaba a la era posporfirista eran los medios para evitar el regreso a un gobierno personal, a una autoridad despótica, a una continuación de hombres y a una rutina oficinesca. Y esto no pertenecía al mundo de la imaginación, sino de la realidad, puesto que Madero no iba a inventar fórmulas para apartar a la república de las amenazas que siempre se ciernen sobre los pueblos cuando se ponen en duda los beneficios y dichas de las libertades.¹²⁶

Entre 1963 y 1965, etapa en la que Valadés desempeñó diversos cargos diplomáticos, publicó su *Historia general de la Revolución Mexicana*.¹²⁷ Había sido “embajador de México en Medio Oriente, Sud América” y lo era en Europa cuando se editó el primer volumen de la misma; entonces tenía en su haber “más de un millar de artículos sobre el tema”,¹²⁸ como rezaba la solapa del primer tomo de la sencilla pero bella edición de Manuel Quesada Brandi.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 539.

¹²⁶ *Ibid.*, pp. 541-542.

¹²⁷ Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana* [n. 76]. El tiraje de la edición fue de 3 000 ejemplares y 300 numerados de papel especial, según los datos consignados en el colofón.

¹²⁸ “Biografía”, en *ibid.*, tomo I, Solapa.

En el “Proemio” refirió que, desde temprana edad, lo persiguieron, “incitantes, las aficiones y tentaciones de escribir la historia de la Revolución Mexicana”. Y si bien no le faltaron materiales para ello, “la escasez de una madurez de vida y pensamiento” lo llevó “a posponer de un año a otro año la composición de la obra”.¹²⁹

La “traza original” de esta investigación, como ya ha sido indicado, se realizó en 1938; luego fue cambiando de “forma y fondo”. Sin embargo, la razón fundamental para diferirla radicó —dice el historiador sinaloense— en la enorme “responsabilidad histórica” que implicaba “la necesidad de hacer juicio de hombres y acontecimientos, puesto que no era posible excluir el examen de los vicios y virtudes de lo que se busca, se trata y se expone”.¹³⁰

Finalmente, cuando José C. Valadés poseía, además de una copiosa documentación, “un vivir de modesto desahogo personal” y disfrutaba de independencia, consideró que podía iniciar la escritura de su historia, pues, dada la importancia de la suma de los agentes que concurrieron al fenómeno, “sólo en el apartamiento personal era posible expurgarlos y conjugarlos”.¹³¹ Así, abordaría el “conjunto histórico de hechos, ideas e individuos y con anexos que les son tan propios como las leyes e instituciones”, de tal manera que “al ser analizado, no quedase minorado por los intereses de partido de ayer u hoy, o por motivos oficiales o particulares”.¹³²

Entre las reflexiones que acompañaron a nuestro autor en el proceso de elaboración de la obra se pueden mencionar las que conciernen a la imposibilidad de tramar los acontecimientos

sin el enlace de los sucesos y sin las manifestaciones sobre la evolución de la gente, doctrinas y organismos sociales y constitucionales; pues tan profunda y dilatada fue tal Revolución, que ésta produjo consecuencias manifiestas en todos los órdenes de la vida mexicana. Incluso los modos, dentro de la pacífica familia humana, sufrieron alteraciones. En efecto, no sólo las guerras, sino las ideas casi transformativas que animaron la Revolución rozaron, en más o menos proporción, todos los filamentos sociales, aun a los que eran escépticos o contrarios al acontecimiento. De otra manera, no se explicaría la perdurabilidad del fenómeno.¹³³

Valadés estimó como uno de los problemas mayores para enfrentarse al tema las “complicaciones expositivas”, pues —a su juicio— cualquier

¹²⁹ *Ibid.*, p. i.

¹³⁰ *Ibid.*

¹³¹ *Ibid.*, p. ii.

¹³² *Ibid.*, pp. i-ii.

¹³³ *Ibid.*, p. ii.

investigador que lo intentase estaba en riesgo de caer en dos extremos indeseables: la prolijidad que lleva al tedio o realizar un “compendio inextricable”. Era indispensable entonces, aunque extremadamente difícil, encontrar un equilibrio tal que el “golfo de hechos accesorios” no ahogara “la esencia de la Revolución —de la Historia de la Revolución”. Para desentrañar la “esencia histórica del suceso” procedió de la siguiente manera:

El cómo de la narración [...] lo hemos llevado al porqué de los acontecimientos; también a los resultados de los acontecimientos. Una historia entregada a las menudencias, ora de los hechos guerreros, ora de motivos políticos, ora de reacomodos sociales, no era compatible con una época dentro de la cual el mundo vive en la técnica y para la técnica.

Sin embargo, no por huir del despropósito ni por pretender lo novedoso [...] se iban a excluir de este trabajo las vocaciones del alma individual o colectiva. Tal hubiese sido ajeno a nuestra mentalidad.¹³⁴

Es decir, la Historia de la Revolución merecía

ser hecha en valores capitales, pero sin apartarse de las ensambladuras cronológicas, que si en ocasiones obligan a las repeticiones, no por eso dejan de servir al conocimiento evolutivo de la sociedad y del Estado. Además, hemos considerado que una obra de este género podría ser un incentivo para las historias particulares que aspiran a llenar muchas páginas con enseñanzas y divertimientos; porque ¡qué almacén de sucesos nacionales, cual más, cual menos importante, en la primera mitad de nuestro siglo!¹³⁵

Un amplio conocimiento del tiempo y sus protagonistas, sustentado en aproximadamente sesenta mil documentos “entre impresos, manuscritos y grabaciones electromagnéticas, además de otras colecciones privadas”,¹³⁶ le permitieron ahondar en las que consideraba explicaciones sustanciales del proceso revolucionario. El cuidado con que se acercó a éste nacía de una convicción: el conocimiento de la Revolución “históricamente, a par de consolidar nuestra nacionalidad”, permitiría “universalizar lo que para el mundo no fue una Revolución, sino una serie de discordias civiles o una imitación o semejanza de lo acontecido en otros pueblos”.¹³⁷

¹³⁴ *Ibid.*, pp. iii-iv.

¹³⁵ *Ibid.*, p. vi.

¹³⁶ *Ibid.*, p. v.

¹³⁷ *Ibid.*

Pero, ¿cuál era la esencia —atendiendo a sus términos— del proceso revolucionario? ¿Por qué los acontecimientos que parecían a primera vista triviales y contradictorios admitían “universalizarse”?

Siempre fiel a las fuentes, nuestro autor respondía ambas interrogantes con la siguiente argumentación: “México, en el camino del Retorno, rehizo a través de la Revolución el espíritu de la singular cultura que caracterizaba los días precolombinos, cuando la gente del Continente vivía la incolumidad de sus hábitos y preocupaciones” y conservaba “virgen”, como ningún otro pueblo del orbe “el estado de su civilización”. Traía así a cuento, su excepcional “primigenia” etnográfica, tipológica, geográfica, ecológica y biológica, asegurando que esa “autoctonía, ajena a los remedos indigenistas contemporáneos, se reflejó, aunque en la proporción que determinan las centurias, en lo que específicamente llamamos Revolución Rural”.¹³⁸

Consecuentemente, estimaba indispensable estudiar “las vocaciones del alma individual o colectiva”:

Sin ese aditamento —lo tenemos por cierto— no podrían ser comprendidos sucesos nacidos, casi por entero —y esto es lo que hace de la Revolución Mexicana una cosa extraordinaria y sorprendente—, en el seno candoroso y perseverante, huraño y agreste de la clase rural en México.

Y tan preciso es el origen del fenómeno estudiado, que si se exigiera una definición del mismo, tendríamos que clasificarle como el de una Revolución Rural; quizá una excepcional —si no la única— Revolución Rural en la historia universal; tal vez, la que dentro de los ciclos históricos no admite comparación.¹³⁹

Valadés arribaba, por un camino intrincado, pero pisando terreno firme, a la certeza —hoy presente en numerosas investigaciones de historiadores mexicanos y extranjeros— de que la mexicana, como cualquier genuina revolución, era única y que la hondura de sus raíces exigía situarla en una dimensión temporal que rebasara la coyuntura de los movimientos políticos, cuya fugacidad —aunque por razones distintas a las que esgrimió en 1922— ahora traía a cuento.

La reconstrucción de la trama histórica, a partir de las propias categorías emanadas del análisis de acontecimientos e individuos, nuevamente hacían del sinaloense un historiador disonante de las tendencias que en el México de los años sesenta y setenta preconizaron el estudio de la Revolución, apelando a los “modelos” presuntamente

¹³⁸ *Ibid.*, pp. iv-v.

¹³⁹ *Ibid.*, pp. iii-iv.

aportados por el marxismo o aquellas que la habían convertido en la “piel de zapa” legitimadora de los gobiernos posrevolucionarios.

El mismo año de 1965, cuando la editorial de Manuel Quesada Brandi dio a la luz los últimos tomos de la *Historia general de la Revolución Mexicana* de José C. Valadés, apareció una nueva versión revisada de otra obra suya, *Santa Anna y la Guerra de Texas*, que, como ya se ha indicado, contó con dos ediciones anteriores, en 1936 y 1951. En ella, el historiador, aceptaba los errores cometidos, “ora con inadecuadas palabras, ora en anacronismos, ora dentro de comentarios generales”,¹⁴⁰ en el trabajo de 1936. Sin embargo, reiteraba la validez de su propósito original: “reivindicar a los mexicanos; aunque esto dentro de un criterio histórico, que por igual se aplica a la masa popular que a los caudillos; a Santa Anna en particular, como caudillo en las jornadas de Texas”.¹⁴¹

Valadés consideró la mayor falla de aquella primera edición, “hecha al calor del revisionismo” de los años treinta, el hecho de que faltasen “los enlaces no sólo paragrafales, sino de hechos e ideas, de manera que el trabajo original no era claro ni sustancioso, y con lo mismo perdía el hilo de la evolución orgánica y anímica de personajes y acontecimientos”.¹⁴² Y, al proponerse recuperarlo, emergieron sugerentes reflexiones, como la que hizo a propósito de la comparación de Santa Anna, “un amante de la gloria”, y Porfirio Díaz, “maniático del poder”: “Uno forjó el alma de un pueblo, con sus caudillos y miserias, sus inquietudes y desvelos; el otro constituyó el cuerpo de un Estado, con sus ambiciones y reyertas, sus violencias y propósitos”.¹⁴³

Guiado por el principio de la conexividad, consagrado a lo largo de varias décadas al estudio de diferentes franjas del pasado, hurgando en los documentos las explicaciones plausibles y justas de los acontecimientos, el ángulo de observación de José C. Valadés se había ampliado de tal manera que las reflexiones acerca de las acciones individuales o colectivas, en momentos y circunstancias particulares, lo llevaron de lleno al análisis histórico del Estado y de la nación, entendidos en su sentido más amplio. Identificados los “filamentos” de los grandes tramos de la realidad pasada y presente, éstos conducían naturalmente a un enfoque integrador, patente en las obras que escribió durante los últimos años de su vida, varias de las cuales constituyeron nuevas miradas

¹⁴⁰ Valadés, “Introducción a la tercera edición”, en *México. Santa Anna y la Guerra de Texas* [n. 53], p. 7.

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 8.

¹⁴² *Ibid.*, p. 9.

¹⁴³ Valadés, *México. Santa Anna y la Guerra de Texas* [n. 53], p. 23.

del siglo XIX. En una de ellas, *Orígenes de la República Mexicana: la aurora constitucional*, publicada en el año de 1972, expresaba lo siguiente:

Mas los días que hemos remirado no sólo corresponden a Santa Anna. Rozan también las instituciones y leyes de México; bordan con la constitucionalidad que fue el primer síntoma de la existencia organizada de la nación.

Grande responsabilidad cae sobre don Antonio López de Santa Anna por haber consentido en ser el bienhaciente político, perfecto y único, que creyó que un solo hombre tenía la capacidad para proteger, guiar y transformar a un pueblo. Santa Anna sabía la falsedad de todo esto. No lo ignora el adalid político, cualquiera que sea su partido. De aquí los cargos a Santa Anna por las artes políticas que manejó desaprensivamente.

Sin que esto traiga consigo el escepticismo o la desilusión, digamos que los gobernantes de México han sido de la misma arcilla de Santa Anna; aunque unos se han mostrado enfundados en terciopelo; otros han aparecido en toda su desnudez. Tras de la llamada *dictadura santanista*, surgió con el Plan de Ayutla una nueva dictadura: la correspondiente a la clase media. Tal es el designio de los líderes políticos; tal la necesidad del Estado.¹⁴⁴

De igual manera, en la segunda edición de su *Historia general de la Revolución Mexicana*, aparecida en 1976,¹⁴⁵ el principio de la conexividad como el mecanismo idóneo para hacer inteligible la explicación histórica quedaba corroborado:

Una singular inclinación pública y manifiesta, al conocimiento y juicio de todo lo conexivo, ya en hombres, ya en hechos, ya en ideas acerca de la Revolución Mexicana, motiva esta nueva edición.

Tal propensión, más de profanos que de eruditos, es bien explicable; pues dejando a su parte la siempre insaciable curiosidad humana, el mundo nacional vive los días de los cotejos propios a la primaveral madurez de un pueblo y, como es natural, quiere llegar al encuentro, en las páginas históricas, de lo necesario para hincar las comparaciones y contradicciones. A esta tarea, más intuitiva que científica y por lo mismo casi maravillosa —pues se acerca más a la naturaleza del fenómeno que fue la Revolución— se pretende contribuir con las enmiendas y adiciones a esta obra.¹⁴⁶

En efecto, el deseo de que los retratos fueran más fieles y las voces más claras, llevaron a Valadés a “pulir las frases y borrar los abso-

¹⁴⁴ Valadés, *Orígenes de la República Mexicana: la aurora constitucional* [1972, Editores Mexicanos Unidos], prólogo de Andrés Lira. México, UNAM, 1994, pp. 546-547.

¹⁴⁵ Valadés, *Historia general de la Revolución Mexicana*, nueva edición corregida y aumentada, México, Editores Mexicanos Unidos, 1976, 5 tomos.

¹⁴⁶ *Ibid.*, pp. ix-x.

lutos".¹⁴⁷ Después de "cinco años coloquiales entre lectores y autor" y "gracias a la benevolencia de familias emparentadas con actores de la Revolución", pudo consultar nuevos documentos, que enriquecieron esas páginas, si bien no fue modificado "el método seguido anteriormente en la obra: ni cambió la esencia de la misma, ni se procedió a retraer consideraciones sobre la personalidad de individuos y sucesos, ni se cayó en el error de hacer de la historia una enciclopedia".¹⁴⁸

Nuestro autor, además, refrendaba el profundo sentido social que atribuía a su obra, que aspiraba a servir como incentivo a prolijas como elevadas investigaciones; también a trazar la arquitectura social futura de la Nación. El acontecimiento registrado, de apariencia vulgar, fue tan memorable y heroico, que su fuerza histórica hizo posible dilatar una época dichosa de México; época que la insensatez y la ignorancia han atribuido al saber o hacer de autoridades civiles, que sólo corresponden a una categoría secundaria en la raíz y evolución del Suceso magno.¹⁴⁹

Aun cuando el análisis que ameritarían las diversas ediciones y versiones de sus obras sobre la Revolución Mexicana excede el objetivo de este análisis, baste señalar, entre otras, dos características que permanecen en la primera y segunda ediciones de la *Historia general de la Revolución Mexicana*, realizadas en vida de nuestro autor: llevar la narración hasta el presente y hacer honor al sentido integral de la explicación histórica, que lo condujeron a apreciaciones muy agudas, como las que desprende de los acontecimientos que conmovieron a México en 1968: el concepto de embarnecer al Estado se hizo más distante del propósito de fortalecer al Pueblo, designio incuestionable del Código revolucionario de 1910; de manera que para el país, la inclinación oficial de dedicarse, casi con exclusividad, a construir un Estado fuerte sobre las espaldas de una población —sobre todo de la rural— anémica, advirtió que la década del 1960 caracterizaba, históricamente, los funerales de la Revolución.¹⁵⁰

Epilogo

JOSÉ CAYETANO VALADÉS es una pieza clave para comprender la producción histórica mexicana del siglo xx. En un sentido, pertenece al linaje de los grandes, historiadores decimonónicos, que eran, a la vez,

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. x

¹⁴⁸ *Ibid.*

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. xi

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 634.

políticos, periodistas, hombres de letras y diplomáticos; en otro, sus “ancestros” fueron los intelectuales revolucionarios, artífices de la legitimidad del nuevo Estado y cuyo “licenciamiento” sobrevino cuando resultaron disfuncionales para los regímenes posrevolucionarios. Heredó de ambos la pasión por los documentos, el fervor por la historia, la reciedumbre de convicciones y la vocación política.

Muy joven para resignarse a la marginalidad en la que vivieron la mayoría de los intelectuales revolucionarios durante sus últimos años, el sedimento de las convicciones societarias de su juventud lo hizo receloso de la “disciplina” que imponía la revolución institucionalizada. Profundamente interesado por la política, la bordeó a través del periodismo y, finalmente, los estudios históricos que “hervían” en él lo llevaron a ella por los caminos de la investigación del pasado, en un continuo diálogo con los problemas del presente.

Convencido de la urgencia que tenía el país de conocer su historia, pues sólo así se “consolidaría” su nacionalidad, consideró que el historiador mexicano, lejos de someterse sumisamente a las visiones extranjeras acerca del país, tenía el deber social de construir una visión propia y universal, de manera responsable, rigurosa.

Si Valadés se colocó en esa posición, con independencia de las críticas o refutaciones que pudiesen merecer sus juicios y apreciaciones o la manera de formularlos, fue porque había encontrado uno de los secretos de la perseverancia del historiador: “Quien está acostumbrado a manejar documentos históricos sabe que tarde o temprano la luz de la verdad brilla con la esplendidez que tiene en nuestro trópico [...] ni los hechos generales ni los particulares pueden en esencia permanecer en la obscuridad eterna”.¹⁵¹

También encontró, como resultado de su vasta experiencia en la investigación, en la vida política y en el periodismo, que la vocación intelectual es indisociable del espíritu inquisitivo y que sólo entrelazando las preguntas y sus respuestas es posible comprender en toda su complejidad la realidad pasada y presente. De ahí su permanente preocupación por lograr el sentido integral de la explicación histórica.

Sirva como colofón de estas reflexiones uno de los párrafos, ya citado aquí, pero que merece traerse nuevamente a cuento porque sintetiza cabalmente la contextura histórica del espíritu valadesiano:

Quise conocer a un hombre, y el hombre a quien buscaba me empujó hacia otros hombres; pretendí poner en movimiento el ejército mexicano, y el

¹⁵¹ Valadés. *Confesiones de un político* [n. 2], p. 69.

ejército me llevó a la sociedad: traté de vivir los instantes de miseria, de sufrimientos, de esperanzas de un pueblo, y el pueblo me condujo a una época de su vida; busqué la causa de una tragedia y la tragedia me hizo revisar diferentes factores.

Un día tropecé con una figura que, a través de la historia política fue de oro, fue de plata y fue de cobre. Estaba cubierta con barro; era necesario ponerla al descubierto; y así lo hice, y me encontré frente a Antonio López de Santa Anna. Le miré los ojos, ausculté su corazón, le medí los puños. Dejó de ser para mí la figura de cobre, de plata o de oro, y se convirtió en hombre.¹⁵²

¹⁵² Valadés, "Antecedentes de la primera edición" [1936], en *México, Santa Anna y la guerra de Texas* [n. 53], p. 13.